

MARCO AURELIO

MEDITACIONES

INTRODUCCIÓN CLÁSICA. 1982

MEDITACIONES

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 5

MARCO AURELIO

MEDITACIONES

INTRODUCCIÓN DE
CARLOS GARCÍA GUAL

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
RAMÓN BACH PELLICER



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por CARLOS GARCÍA GUAL.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1977.
www.editorialgredos.com

PRIMERA EDICIÓN, 1977.

5.^a REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 8138-2005.

ISBN 84-249-3497-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2005.

Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN

I

Marco Aurelio nació en Roma el 26 de abril del año 121. Murió en Vindobona (Viena) el 17 de marzo del 180. Entre esas dos fechas, interdistantes casi sesenta años, y esos dos escenarios geográficos —una acomodada mansión patricia en la metrópolis imperial y, al otro lado, un campamento militar en la turbulenta frontera danubiana—, está enmarcada la vida de este extraño personaje, filósofo y emperador. Estuvo al frente del Imperio Romano veinte años y fue un gran gobernante, el último emperador de lo que historiadores próximos consideraron como la Edad de Oro del Imperio.

Sus apuntes personales, las *Meditaciones*, están escritos a lo largo de sus últimos años de vida. Estas notas filosóficas adquieren su dimensión dramática definitiva referidas a su trasfondo biográfico. La coherencia entre su conducta y sus reflexiones confirma la magnanimidad personal de Marco Aurelio, que fue, según Herodiano (I 2, 4), «el único de los emperadores que dio fe de su filosofía no con palabras ni

con afirmaciones teóricas de sus creencias, sino con su carácter digno y su virtuosa conducta».

El papel histórico del rey filósofo o, más sencillamente, del filósofo con actuación política, es arriesgado por la tensión perenne entre las urgencias de la *praxis* concreta y la abstracta ética filosófica. En el mundo romano podemos encontrar dos figuras políticas interesantes desde esta perspectiva: la del estoico Séneca, ambiguo y retórico, y la de este estoico emperador, cuyo rasgo distintivo es, como A. Puech afirmaba, la sinceridad. Todo eso justifica que, según el uso tradicional, anotemos los datos más notables de su biografía, precediendo al estudio de sus escritos.

Las *Meditaciones* comienzan con una evocación escueta de cuatro figuras familiares: la de su abuelo paterno, su padre, su madre y su bisabuelo materno. Son las personas que influyeron en la niñez y adolescencia del futuro emperador, y las primeras con quien él quiere cumplir una deuda de gratitud al recordarlas.

La más lejana de ellas es la de su padre, que murió cuando él tenía unos diez años. Por eso alude a «la fama y la memoria dejadas por mi progenitor». Y menciona de él «el sentido de la discreción y la hombría» (I 2).

Su abuelo, M. Anio Vero, que seguramente trató de suplir con sus atenciones tal ausencia, era un personaje importante en la política de la época. Fue prefecto de Roma (del 121 al 126) y cónsul en tres ocasiones. De él destaca Marco Aurelio «el buen carácter y la serenidad», rasgos amables en un político y en un abuelo.

Marco Aurelio traza (I 3) un emotivo recuerdo de su madre, piadosa, generosa y sencilla en sus hábitos cotidia-

nos, una gran señora romana, dedicada en su viudedad a la educación de sus hijos. Aunque nos dice de ella que murió joven (I 17), Domicia Lucila debía de tener unos cincuenta años cuando murió, entre los años 151 y 161. En la correspondencia de Frontón, éste alude varias veces a la madre de Marco Aurelio como dama de gran cultura, en su casa palaciega en el monte Celio. Allí recibió como huésped al famoso orador y benefactor de Atenas, Herodes Ático, en una de sus visitas a Roma (en el 143).

Su bisabuelo materno, L. Catilio Severo, ocupó también altos puestos en la administración: gobernador de Siria, procónsul de Asia, dos veces cónsul y luego prefecto de Roma (cargo del que le depuso Adriano en el 138, tal vez para que no hiciera sombra a Antonino, designado como próximo emperador). L. Catilio Severo era un hombre de gran cultura, relacionado con el círculo de Plinio, quien lo menciona elogiosamente en varias de sus cartas. A él le agradece Marco Aurelio el no haber frecuentado las escuelas públicas y haber gozado de los mejores maestros en su propio domicilio, sin reparar en gastos para la educación (cf. I 4).

En su formación, Marco Aurelio podía distinguir tres influencias graduales: la amable atención de su abuelo Vero en su niñez; la constante preocupación de su madre y, tras ella, de su bisabuelo L. Catilio Severo, por su educación intelectual; y luego, la de la presencia ejemplar de su padre adoptivo, T. Aurelio Antonino. Marco Aurelio expresa su admiración sin reservas por su antecesor en el trono, Antonino Pío, al dedicarle el capítulo más largo y detallado de sus recuerdos (I 16; cf. otra evocación más breve en VI 30). Antonino, casado con Ania Faustina, hermana única del padre de Marco Aurelio, fue, por tanto, tío político, padre

adoptivo (desde 138) y suegro (desde 145) de su sucesor, y antes, colaborador asiduo en el trono imperial. Más tarde volveremos a tratar de él.

Si nos demoramos un momento en el ambiente familiar de Marco Aurelio, en el que transcurrió su niñez y juventud, podemos destacar el aire señorial, con el mejor tono patricio, de que se vio rodeado. La familia de los Veros, de origen hispánico (su bisabuelo Anio Vero había venido a Roma como pretor desde la Bética en tiempos de Vespasiano), se había ennoblecido pronto y firmemente establecido en altos cargos de la administración. El emperador Adriano honraba a este abuelo Vero con una amistosa confianza, y a través de esa amistad llegó a apreciar a su nieto, al que designó como su mediató sucesor en la adolescencia de Marco. La madre, culta y piadosa, era una gran dama, heredera de una notable fortuna (que Marco Aurelio cederá como dote a su hermana Ania Cornificia, con total desprendimiento), con una hermosa villa en el Monte Celio, donde transcurren los años primeros de ese muchacho meditativo y ascético, que a los diecisiete años es designado futuro emperador. Su biógrafo Capitolino nos cuenta que, al tener que trasladarse por tal motivo al Palacio de Tiberio, en el Palatino, adoptado por la familia de T. Aurelio Antonino, dejará esos jardines con gran pesar. La anécdota es de dudosa autenticidad, pero significativa. Y es curioso que en su libro de recuerdos agradecidos, Marco Aurelio no aluda siquiera de paso al emperador Adriano, que, en un gesto de simpatía, le legó la corona imperial. (En latente contraste, cuando ensalza la sencillez de Antonino, pueden leerse, entre líneas, censuras a la conducta de Adriano.)

La muerte temprana de su padre es probable que impresionara a este muchacho sensible y reflexivo. Es la primera

en la numerosa serie de muertes familiares que Marco Aurelio ha de vivir, en el sentido de que sólo se viven las muertes de los demás. Será una experiencia muy repetida luego: su padre, su abuelo, Adriano, Antonino, su madre, su hermano adoptivo L. Vero, su esposa, más de la mitad de sus hijos, irán muriéndose cerca de él a lo largo de los años. Esta vivencia de las muertes familiares, más que las muertes broncas y amontonadas de las guerras y la peste, puede haber influido en el sentir de Marco Aurelio hondamente. En las *Meditaciones*, la idea de la muerte reaparece constantemente, y el emperador, que parece sentir la suya acercarse, está siempre en guardia contra su asalto sorprendente e inevitable. Con cierto tono melancólico, Marco Aurelio menciona asociada a ella no la gloria ni la inmortalidad, sino el olvido.

La educación juvenil de Marco Aurelio fue muy esmerada, con los mejores maestros particulares. Sus nombres y sus mejores cualidades están rememorados, a continuación de los de sus familiares y antes de la evocación de Antonino (es decir, de I 5 a I 15). Su preceptor, Diogneto, Rústico, Apolonio, Sexto, Alejandro el Gramático, Frontón, Alejandro el Platónico, Catulo, Severo, Máximo, desfilan por los apuntes del antiguo discípulo agradecido. Junto a las lecciones de gramática, retórica y filosofía, aprecia en ellos otras, más duraderas, de carácter o de moral, y sus trazos rápidos recuerdan, sobre todo, esas enseñanzas de bondad o de firmeza ética. Entre estos profesores hay que destacar la posición antitética de los que profesaban retórica o gramática y los que profesaban la filosofía (platónica o estoica). La disputa clásica entre los adeptos de una u otra disciplina como orientación vital —la misma que había enfrentado a Platón e

Isócrates en la Atenas del s. iv a. C.— revivía en el s. ii d. C. Frontón habría querido hacer de su discípulo un gran orador, un retórico cuidadoso de las fórmulas verbales, pero Rústico lo atrajo decididamente a la filosofía. Q. Junio Rústico, de quien Marco Aurelio recuerda que le prestó su ejemplar privado de los *Recuerdos* de Epicteto, era, más que un profesor de filosofía, un noble romano, estoico de corazón y de convicción. Marco Aurelio le nombró cónsul por segunda vez en el 162 y prefecto de Roma desde el 163 al 165.

Conviene anotar marginalmente que la época de Marco Aurelio asiste a una brillante renovación de la cultura griega, mediante el renacimiento intelectual que protagonizan las grandes figuras de la Segunda Sofística, virtuosos de la retórica que, con su «oratoria de concierto», logran atraer a vastos auditorios en sus espectaculares demostraciones. La elección de Marco Aurelio, al desdeñar la retórica, pese a los consejos de su querido Frontón (con quien le unía un afecto sincero, testimoniado por los fragmentos de su correspondencia que hemos conservado), va un tanto a contrapelo de la moda intelectual. Sin duda, a tal elección le predisponía su carácter austero y sencillo. La bien conocida anécdota de que Adriano, jugando con el *cognomen* familiar de *Verus*, le llamaba *Verissimus*, para acentuar la sinceridad característica del Marco adolescente, apunta este mismo rasgo.

Como ya dijimos, ningún otro es evocado en las *Meditaciones* con tanta extensión ni con un afecto tan entero como T. Aurelio Antonino, tío político, padre adoptivo, suegro y compañero ejemplar en las tareas de gobierno durante muchos años. Pío y feliz, Antonino debió de ser un hombre

admirable en muchos sentidos. Como administrador diligente del Imperio durante veintitrés años en paz, y como persona de carácter humanitario y sencillo, la fama de este emperador —sobre el que, casualmente, tenemos muy pocos testimonios históricos— nos lo presenta en una imagen favorable. Ya en el 138 el Senado, que detestaba a Adriano, extravagante, enigmático y atrabiliario en sus últimos años, acogió con alivio la designación de este maduro y aplomado jurisconsulto, al que consideraba uno de sus miembros eminentes, y que parecía personificar las virtudes domésticas de un romano de vieja cepa. (Aunque, como los Veros, los Antoninos eran también una familia de origen provinciano de ascensión bastante reciente.) Es un contraste curioso el suscitado por la contraposición de Adriano y Antonino, un contraste que, como ya advertimos, las notas de Marco Aurelio sobre este último parecen evocar, «tal vez inconscientemente». Farquharson lo explicita con claridad: «Su amor por las formas antiguas, su conservadurismo religioso se opone a la variabilidad y al capricho de Adriano, su economía pública y su frugalidad privada a la extravagancia de Adriano, su sencillez a la pasión de Adriano por las construcciones, los suntuosos banquetes y los jóvenes favoritos. Adriano era, además, envidioso e intolerante hacia sus rivales, aun con gente de gran talento como el arquitecto Apolodoro; y la fantástica extravagancia de su famosa villa en Tívoli puede habersele ocurrido a Marco Aurelio en extraño contraste con las anticuadas residencias campestres de Antonino Pío. Cuando leemos acerca del sencillo y práctico caballero campesino, nos acordamos del hombre genial desazonado, irritable a menudo (especialmente al final de su vida), infeliz y enfermo Adriano» (Farquharson, I, pág. 276).

Pero el contraste entre uno y otro lo ofrecía la realidad misma de sus caracteres respectivos. La inquietud de Adriano parece humedecer con poética nostalgia su breve poemilla, que comienza *Animula, vagula, blandula...*, esos admirables versos en que el tono preciosista no borra la afectividad. Antonino, antes de morir, da la última consigna a la guardia: *Aequanimitas*, «una gentil sugerencia a su sucesor, una amable alusión a la doctrina estoica». Esa «ecuanimidad» parece resumir, lema final, la ambición de este emperador pacífico, que no era un intelectual ni un retórico, y que tal vez no sentía una desasosegada curiosidad por el fondo metafísico de la existencia.

Con su sencillez, su tesón en el trabajo, sereno y sin recelos, parco en gestos grandilocuentes y desconocedor de los énfasis militares, Antonino fue para Marco Aurelio un ejemplo viviente del gobernante equitativo, con una autoridad firme, pero sin rigidez. Cuando Marco Aurelio se da a sí mismo consejos como el de «compórtate como un romano» o «no te conviertas en un César», piensa en su antecesor como modelo: «en todo sé un discípulo de Antonino» (VI 30).

Una anécdota, referida por el biógrafo de Marco Aurelio en la *Historia Augusta*, cuenta que, al morir el preceptor de Marco (evocado en I 5), el joven se echó a llorar y ciertos cortesanos lo censuraban, cuando Antonino les replicó: «Dejadle ser humano: que ni la filosofía ni el trono son fronteras para el afecto». En las *Meditaciones* (I 11) se alude a la falta de efectividad de «los llamados patricios» (junto a la hipocresía que rodea al tirano). Antonino, como Frontón, no ocultaban su humanidad.

Como emperador, Antonino se vio favorecido por su talante práctico y austero, pero también por la fortuna, que

le deparó un largo período de tranquilidad. (Consecuencia, en gran parte, de las campañas victoriosas de Trajano y de la administración provincial diligente de Adriano.) Su carácter piadoso —es decir, atento a las ceremonias religiosas— no se vio enfrentado a trances apurados o catastróficos. La suerte de su sucesor sería muy diferente.

En 161, a la muerte de Antonino, Marco Aurelio heredó el cargo de Emperador. Así estaba previsto desde mucho atrás, por obra y gracia de Adriano. Ahora tomó el nombre de *Marcus Aurelius Antoninus*, definitivamente. Tenía cuarenta años. Había ocupado las más altas magistraturas: aquel año desempeñaba su tercer consulado. Como su antecesor, no había luchado por el poder. Pero había tenido tiempo para acostumbrarse a la vocación de emperador, si no le ilusionaba al principio.

Aquel año, su esposa Faustina dio a luz una hermosa pareja de gemelos, uno de los cuales moriría a los pocos años. El otro, el único varón superviviente de su descendencia, sería el sucesor de Marco Aurelio: Cómodo, una calamidad para el futuro del Imperio.

El primer acto importante del Emperador fue asociar, como colega en el trono, con sus mismos títulos, a Lucio Aurelio Vero. Este coemperador, unos diez años más joven que él, era hijo de L. Ceionio Cómodo, el malogrado César que Adriano designara en el 138 como candidato al trono. Luego, Antonino había adoptado al joven Lucio, junto con Marco Aurelio. Con su generoso gesto, Marco Aurelio entronizaba a su hermano adoptivo, eliminando un posible pretendiente rival al trono. (La manera más habitual de tales eliminaciones era otra más drástica, que no iba bien con el carácter de Mar-

co Aurelio.) Los historiadores han discutido la oportunidad de ese nombramiento, dictado por la política y tal vez por el afecto. Lucio Vero no poseía ni dotes de mando ni inteligencia política, y su conducta personal no se regía por el sentido del deber. Era un hombre frívolo, amante de los placeres y los lujos, un libertino un tanto irresponsable. Cuando fue delegado por su hermano contra los partos, permitió que sus generales le obtuvieran las victorias, mientras él gozaba de la refinada vida de Antioquía junto a su bellísima amante Pantea de Esmirna, elogiada por Luciano. Marco Aurelio le envió como esposa a su hija Lucila, de quince años. Lucila no logró corregir a Lucio Vero; antes fue ella la influenciada por el ambiente festivo y licencioso. L. Vero regresará con la victoria a Roma en el 105. (Sus tropas traerán consigo, además, la peste.) Más tarde, Marco Aurelio lo llevará consigo a la guerra contra los marcomanos. Al regreso de la expedición, L. Vero muere de un ataque de apoplejía (169). El emperador ordenó unos magníficos funerales en su honor. (Como en otras ocasiones, la calumnia sugirió que había sido envenenado por sus familiares.) Y es probable que esta muerte también le afectara de verdad. Podemos imaginar a L. Vero como dotado de una jovialidad y una alegría de vivir que contrastaban con la seriedad de Marco Aurelio. Éste lo recuerda con palabras de sentido afecto (I 17, y en VIII 37 alude a Pantea llorando sobre su tumba).

El largo reinado de Marco Aurelio estuvo lleno de tribulaciones desde sus comienzos. Primero fue la guerra en Oriente: los temibles partos invadieron Armenia. En respuesta, hubo que organizar una campaña guerrera de largas y costosas operaciones, dirigida nominalmente por L. Vero; y, de hecho, por sus generales y legados, entre los que destacó

Avidio Casio. Al fin, en el 166, quedó asegurada la victoria de Roma. (Pero las tropas que regresaron a Italia trajeron consigo una devastadora epidemia de peste que diezmo la población de la península.)

Luego, los bárbaros del *limes* danubiano, inquietos ya desde años atrás, invadieron la Retia, la Nórica y la Pannonia, y llegaron amenazadores a las puertas mismas de Aquileia (166). Los dos emperadores levantan un ejército y parten hacia el Norte. La situación económica es crítica, y Marco Aurelio se ve obligado a condonar impuestos y a vender todos los objetos de lujo de su propiedad, los tesoros del palacio imperial, en pública subasta, para hacer frente a los gastos de la campaña. Una interesante anécdota (referida por Dión Casio, LXXI 3, 3) nos informa de la conciencia y el valor de Marco Aurelio en situaciones críticas. Cuando sus soldados, tras la dura victoria sobre los marcomanos (en el 168), le reclaman un aumento de sus haberes, se lo negó con estas palabras: «Todo lo que recibáis sobre vuestra soldada regular es a costa de la sangre de vuestros padres y vuestros parientes. En cuanto al poder imperial sólo Dios puede decidir». (La última frase alude a los peligros de una negativa como la que expresaba ante el ejército.) Al regresar a Roma, en el 169, muere repentinamente L. Vero.

De nuevo los bárbaros del NE invaden las fronteras, y Marco Aurelio debe emprender una guerra a fondo contra esas tribus belicosas. Contra los marcomanos, los cuados, los sármatas y los yáziges, combates interminables en dos largos períodos (de 169 a 175 y de 177 a 180) ocupan a Marco Aurelio, de natural sedentario y pacífico, convertido por las urgencias del mando en un emperador viajero y militar. Entre largos meses en el Danubio y cortas visitas a

Roma, a su familia, Marco Aurelio envejece. De salud enfermiza —toma pequeñas dosis de opio para calmar sus dolores más fuertes—, avanza al frente de sus ejércitos por esas comarcas boscosas y frías, entre el légamo amarillento y la neblina gris, costeando el largo río, contra las hordas de unos enemigos que parecen multiplicarse y desaparecer como en una pesadilla.

Cuando en el 175 parece haber obtenido la victoria, mientras trata de organizar las nuevas provincias de Marcomania y Sarmacia, llega de Oriente una terrible noticia: Avidio Casio se ha proclamado emperador en Siria. Por fortuna para Marco Aurelio, que se preparaba a combatirle, sus propios soldados asesinaron a este duro y ambicioso soldado a los tres meses de su rebelión, y le trajeron la cabeza del usurpador. Aunque el peligro remitía con ello, la tentativa era un golpe brutal para la confianza del emperador. Marco Aurelio perdona a los conjurados y prefiere silenciar los nombres de los comprometidos en este complot, ordenando destruir las pruebas del mismo. Se dirige a Oriente, visitando Antioquía, Alejandría y llegando hasta Tarso. En el camino de vuelta muere su mujer (en Halala, luego Faustinópolis, en el 176).

La muerte de Faustina causó a su esposo una pena difícil de medir. Era la hija de Antonino, una compañera desde la adolescencia y la madre de trece hijos (de los que sólo Cómodo y cuatro hijas les sobrevivían). Marco Aurelio le dedicó un templo, celebró su funeral solemne concediéndole los títulos de *Diva* y *Pía*, y fundó un colegio de huérfanas, las *Puellae Faustinianae*, dedicado a su memoria. En sus *Meditaciones* (I 17) da gracias a los dioses por haberle dado «una esposa tan obediente, tan amorosa, tan sencilla».

Sin embargo, Faustina ha dejado fama —a través de cronistas chismosos como Casio y Capitolino— de emperatriz intrigante y casquivana, que había engañado a su esposo con la compañía de algunos apuestos soldados o gladiadores. Es difícil saber el fundamento de estos rumores cortesanos. Los biógrafos modernos tienden a rechazarlos como meras calumnias de un ambiente propenso a la murmuración. Ni Renan, ni Farquharson, ni W. Goerlitz, ni A. Birley, les conceden crédito. Por otra parte, la generosidad de Marco Aurelio, que sólo recuerda los beneficios al citar a las personas, podría haber perdonado faltas menores. El papel de mujer de un filósofo es ingrato. Le debió de ser difícil a la joven Faustina, desposada cuando era una muchacha de famosa belleza, compartir las preocupaciones de su austero esposo, comprender sus inquietudes filosóficas y convivir con él en el marco cortesano tan corrompido de la Roma del siglo II.

En septiembre del mismo año 176, Marco Aurelio visita Atenas, donde funda cuatro cátedras de filosofía (una para cada una de las grandes escuelas: la platónica, la aristotélica, la epicúrea y la estoica) y se inicia en los misterios de Eleusis.

A su regreso, Marco Aurelio obtuvo una acogida triunfal en Roma. Al año siguiente (177) elevó a Cómodo al puesto de emperador adjunto, que había ocupado L. Vero. Dos sucesos importantes de la misma época fueron la reapertura de hostilidades en el *limes* y la matanza de cristianos en Lyón.

La represión del cristianismo, conducida con rigor feroz en algunas provincias, es un hecho sorprendente de la política de este emperador filósofo y humanitario. (Tanto más,

al parangonarla con su indulgencia para con otros cultos, por ejemplo, con las prácticas de Alejandro de Abonutico.) Muchos son los que han considerado extraña esta intransigencia oficial contra una secta ilegal, pero tolerada por los emperadores anteriores, desde la época de Nerva. Marco Aurelio había recibido algunas apologías del cristianismo, como las de Atenágoras y Justino (condenado a muerte en Roma en el 165, cuando Rústico, el estoico, era prefecto de la ciudad). No sabemos si las leyó. La única referencia a los cristianos en sus apuntes (en XI 3; atetizada por Haines, pero defendida como cita auténtica por Farquharson, II, pág. 859) habla de su desprecio de la muerte por mera obstinación. La oposición del estoico a la secta cristiana —que tiene en esta época y los decenios siguientes una escandalosa difusión, con progresiva propaganda en los altos círculos— es sintomática. Al parecer, Marco Aurelio consideraba a los cristianos una secta de fanáticos, necrófilos y extravagantes enemigos del Estado; y, por ello, cedió a la excitación popular, soliviantada en circunstancias penosas, en los sucesos crueles de la Galia Lugdunense en el 177.

Los apologetas cristianos creyeron que podrían encontrar en el emperador un oyente benévolo. Pero la oposición entre el estoico, que basa su conducta en una razón divina, expresada en el *daímon* interior de la conciencia propia y reflejada en el orden cósmico, y el cristiano, adepto de una fe dogmática, basada en las creencias reveladas y unos cultos místéricos, era demasiado infranqueable. El servicio al Estado era un deber sagrado para un estoico romano, que no podía sentir simpatía por la actuación política, harto turbia, de los cristianos como grupo social. Frente a las promesas de una recompensa ultramundana que el filósofo desdeñaba

como ilusorias, al estoico no le quedaba otra satisfacción que la de cumplir con su ética autónoma, en armonía con el cosmos y su divinidad immanente.

En el caso personal de Marco Aurelio el enfrentamiento es un tanto más patético, porque sentimentalmente su humanitarismo le aproximaba al sentir cristiano. En Marco Aurelio «se encuentra igualmente el concepto, ausente del antiguo estoicismo, de la piedad, de la caridad incluso con los que le ofenden» (Reardon). «Lo propio del hombre es amar incluso a quienes nos dañan», escribe Marco Aurelio (VII 22 y 26). Y esta generosidad en el perdón no era sólo teórica; la practicó una y otra vez, silenciando los nombres de sus enemigos, olvidando las rencillas y las traiciones. Esa bondad natural, cercana al concepto cristiano de la caridad hacia el prójimo, era innegable. Aún más, a su filantropía Marco Aurelio unía un ascetismo y un desprecio de las vanidades mundanas que encuentran ecos en el cristianismo, un cierto *contemptus mundi*, como ya Renan subrayó en su obra.

«Marco Aurelio tenía la fe y tenía la caridad; lo que le faltaba era la esperanza», escribió U. Wilamowitz sagazmente. Una frase que conviene matizar: la fe del estoico es racionalista, y su caridad, gratuita. Pero, desde luego, la falta de esperanza es un rasgo definitivo en la contraposición. Por un lado esa resignación desesperada es característica de la época última del estoicismo (y puede responder a ciertos motivos ideológicos bien detectados por G. Puente en su libro sobre el tema). Frente a la confiada actitud de los mártires cristianos en una recompensa ultraterrena —en el que se compensarían con creces las injusticias de este mundo y donde se patentizaría la Justicia divina—, el estoicis-

mo no tenía nada que ofrecer, salvo su ideal del sabio, feliz en su autarquía apática, inquebrantable ante los golpes de la Fortuna, como el peñasco ante los embates del mar, un ideal aristocrático, egoísta y frío. En el conflicto entre el estoicismo racionalista y las nuevas religiones místicas, con sus evangélicas promesas, con sus dioses compasivos, aquél tenía perdida la partida. Tanto los cultos de Isis y de Mitra como el cristianismo, resultaban más atractivos para unas gentes abrumadas por la opresión estatal, angustiadas por la incertidumbre del futuro, ansiosas de un credo salvador. El reinado de Marco Aurelio cae al comienzo de esa época que el profesor Dodds ha denominado «an Age of Anxiety» («Una época de angustia», según el traductor de su libro).

En Marco Aurelio la resignación estoica asume un tono personal íntimo y se vela de melancolía. No sólo es desesperanza metafísica, sino desesperanza en la sociedad y en la historia. No espera nada del futuro: todo se repite y pasa al olvido. No confía en la gloria ni en la inmortalidad personal. Frente al dogma estoico de que el *cosmos* está regido providencialmente por la Razón divina, atenta al bien del conjunto —una idea optimista que, como Rostovtzeff indica, convenía a la ideología del totalitarismo oficial—, esa desesperanza en el futuro del individuo no deja de ser una amarga decepción.

En el 178 se traslada de nuevo al frente del Danubio. Se repiten las marchas, los combates, las victorias cruentas. Y, al fin, en marzo del 180, la peste da muerte al emperador, tras siete días de agonía. Herodiano (I 4) da cuenta de su último discurso oficial, en el que confía el mando a su hijo Cómodo y se despide de sus generales estoicamente. (Poco más tarde, Cómodo, hastiado de la guerra, firmará con los

bárbaros una paz vergonzante y regresará a Roma para escandalizar al Senado con sus caprichos y excesos.)

Por una ironía del destino, Marco Aurelio pasó la mayor parte de su gobierno empeñado en esas guerras interminables contra los bárbaros. Quien había recibido tan esmerada educación intelectual se vio envejecer en los frentes de campañas, en aquellos combates para los que nadie le había adiestrado.

Tras un largo período de paz, las convulsiones de los partos y de los germanos, preludio amenazador de las futuras invasiones que descuartizarán el Imperio Romano, le obligaron a asumir ese papel militar. Recibió los títulos de *Armeniacus*, *Medicus*, *Parthicus*, *Germanicus* y *Sarmaticus* por las victorias de las tropas, él que prefería otros títulos más sencillos.

Supo continuar la labor jurídica de Antonino. Como él, trabajó asiduamente en la organización de los servicios públicos. Hizo redactar alrededor de 300 textos legales, de los cuales más de la mitad tienden a mejorar la condición de los esclavos, de las mujeres y de los niños. Se ha discutido si esta actividad humanitaria está basada en sus convicciones estoicas (cf. P. Noyen en *L'Antiquité Classique*, 1955, págs. 372-83; G. R. Stanton en *Historia*, 1969, págs. 570-87; y Hendrickx en *Historia*, 1974, págs. 225 y ss.) o si, más bien, se debe a razones pragmáticas. En todo caso, si Marco Aurelio renunciaba a la utopía platónica como algo imposible (cf. IX 29), se preocupó por mejorar, poco a poco, la condición de sus súbditos más necesitados.

En algunos bustos —de varia época—, en algunos excelentes relieves de su Columna y de su Arco de Triunfo —re-

liquias de esta construcción, hoy destruida — y en su broncea estatua ecuestre — hoy en la colina del Capitolio —, podemos ver la fisonomía del emperador. La imagen mejor es la de la gran estatua de bronce (conservada tal vez porque los cristianos la respetaron al creerla de Constantino). Marco Aurelio avanza con solemnidad. Cubierto de su armadura, como *imperator*, con la mano alzada en un gesto dominante y pacificador. El rostro barbado le da la prestancia de un viejo filósofo. La mirada serena se adivina perdida a lo lejos, sobrepasando la escena inmediata, ensimismado tal vez. Sus representaciones confirman su actitud, y esa voluntad romana y estoica de cumplir con el deber asignado por la divinidad; en su caso, el de luchar por el Imperio —amenazado interiormente por su anquilosada estructura social y sus agravadas crisis económicas, y en el exterior, por las presiones de los bárbaros.

«El arte de vivir —escribe Marco Aurelio— se acerca más al de la lucha que al de la danza». Y esa postura del guerrero, digno y noble ante lo que le acontezca: muertes familiares, desastres públicos, engaños e hipocresías, cuadra al personaje. Como buen actor desempeñó su papel en la vida, sin irritarse con el director de escena cuando éste le obligó a retirarse. «Porque fija el término el que un día fue también responsable de tu composición, como ahora de tu disolución. Tú eres irresponsable en ambos casos. Vete, pues, con ánimo propicio, porque te aguarda propicio el que ahora te libera.» Así concluye el último libro de las *Meditaciones*, con ese símil teatral que recuerda una cita de Epicuro. (Menos pesimista que el símil de que los hombres son marionetas movidas por hilos, repetido en otros textos de Marco Aurelio.) Hizo lo posible por ofrecer la imagen del

sabio que se propuso: la del peñasco inquebrantable al oleaje, y por servir la consigna de Antonino: «Ecuanimidad» en todo momento.

II

El título de la obra de Marco Aurelio varía ligeramente en las versiones a otros idiomas. El griego: *Ta eis heautón* puede deberse al propio autor o al secretario que ordenaba sus libros o al editor de la obra. El artículo *ta* sobrentiende un plural neutro: *biblia* (libros) o *hypomnémata* (*comentarii*, recuerdos, c. III 14). *Eis heautón* puede significar «acerca de sí mismo». (Pudo ser, por ejemplo, el título puesto sobre ciertos rollos de su biblioteca, en oposición a otros escritos vecinos de carácter público.) O bien «a sí mismo». (En tal caso aludiría a la idea de reflexión o recogimiento interior, expresada por el autor en varios pasajes: cf. IV 3, VI 11, VII 28, IX 42.) Ya Casaubon, en 1643, notaba esa ambigüedad en su traducción latina, titulada *De Seipso et Ad Seipsum*. Gataker (1652) lo vertía en una perífrasis aclaratoria: *De rebus suis sive de eis quae ad se pertinere censebat*.

Tal vez una versión aséptica en castellano habría sido la de «Notas o apuntes personales», que, sin embargo, nos resulta demasiado fría. La más tradicional es la de «Soliloquios», consagrada por la traducción de F. Díaz de Miranda (1785) y recogida por otros (p. e., por M. Dolç en 1945), que nos parece hoy de sabor un tanto arcaizante. Hemos preferido el título de «Meditaciones», ya utilizado por otros traductores. (Corresponde bien al título *Meditations*, tradicional en inglés. Los traductores franceses prefieren *Pen-*

sées, tal vez por el eco pascaliano que les suscita la palabra o incluso el de *Pensées pour moi-même*, que parece un tanto rebuscado. En alemán se han utilizado el de *Selbstbetrachtungen* o el de *Wege zu sich selbst* [W. Theiler].)

La obra está dividida en doce libros, bastante breves. El origen de una tal división en libros parece remontar al autor mismo. Así, el libro I es claramente autónomo, y fue compuesto probablemente al final, para servir de prólogo o epílogo a los demás. También otros, como el II, el III y el V, tienen un cierto carácter unitario, con un principio y un final marcados estilísticamente. El II y el III ofrecen una referencia inicial al lugar donde fueron compuestos: la región de los cuados y el campamento de Carnuntum. En otros casos no se percibe la razón de la separación por libros conforme al orden tradicional, y, en cambio, pueden sugerirse otras pausas. (Así, por ejemplo, Farquharson piensa que, por el contenido, conviene marcar una tras XI 18 y que desde XI 19 al final del libro XII podría obtenerse así un libro bastante definido formalmente.) En un análisis detallado pueden advertirse muestras de dislocación entre unos fragmentos y otros. Sobre el tema se han sugerido varias hipótesis (por ejemplo, que los escritos, dejados en cierto desorden, habrían sido reagrupados y ordenados por un editor, póstumamente, o que Marco Aurelio los habría dejado sin revisar del todo en forma definitiva, o que algunos libros proceden de una selección de escritos), que es difícil admitir. No es necesario exigir una ordenación demasiado sistemática a apuntes de este tipo. Por otra parte, es cierta la advertencia de que ciertos pasajes de extractos y citas de carácter poético o filosófico aparecen como intercalados en VII 35-51 y IX 22-39, y la continuidad de los pensamientos anotados se

entendería mejor considerando aparte estos párrafos. (Aunque, desde luego, tales citas proceden de lecturas predilectas de Marco Aurelio.)

En fin, cualquier intento de substituir la actual ordenación por otra (más sistemática, por temas, por ejemplo), nos parece arriesgada y artificial. Tal vez el aparente desorden de nuestro texto ayude a comprender, en cierto modo, la manera en que fue compuesto, por anotaciones esporádicas, con reiteración de motivos, con retoques y saltos, y elaborado en ratos sueltos, en viglias arduas, y sin una intención escolástica.

El estilo de los apuntes personales refleja el carácter de Marco Aurelio, despojado de artificios retóricos, conciso y austero. En su intención parenética, unas veces intenta alcanzar expresiones punzantes, a modo de máximas lapidarias; acaso al modo de aquellas de ciertos presocráticos (Hérraclito o Demócrito) que gusta de evocar. Así, por ejemplo, VI 54: «Lo que no conviene al enjambre, tampoco a la abeja», o V 28: «Ni actor trágico ni prostituta», o VI 6: «El mejor modo de defenderse es no asimilarse (a ellos)». Otras veces trata de exponer en cierto orden algunos temas de meditación, un tanto tópicos en la filosofía estoica, reiterados aquí con un sincero empeño personal. (Así, por ejemplo, en los primeros párrafos del libro III.) Tales temas son los elementos de ese botiquín filosófico de primera urgencia, que Marco Aurelio aconseja tener a mano siempre (III 13). En general, estos pasajes están compuestos en un estilo cuidado y preciso, en contraste con algunos otros párrafos más descuidados y un tanto confusos, incluso en su construcción gramatical. (Estos pasajes más oscuros pueden haber sido dañados por la tradición del texto, pero es probable

que la dificultad de algunos proceda de la falta de revisión por parte del propio autor.)

El léxico de Marco Aurelio es notablemente variado. Usa formas coloquiales — por ejemplo, ciertos diminutivos —, no es partidario de fórmulas fijas para referirse a temas filosóficos, y, por otra parte, admite términos cultos y un tanto eruditos. Herodiano (I 2, 3) nos informa de que gustaba del arcaísmo en sus escritos (*lógōn te archaiótētos ēn erastēs*). En conjunto, su lengua no tiene la vivacidad de la de Epicuro. Al fin y al cabo era una lengua aprendida en la niñez y mantenida como instrumento intelectual a través de lecturas, más que de uso cotidiano. La versión de ciertos giros y expresiones resulta difícil, porque, al traducirlos, hay que parafrasearlos, eliminando así la concisa precisión de la frase griega, o la referencia a la terminología estoica.

El tono de los apuntes filosóficos es severo y un tanto adusto, acorde con los temas tratados, con esas consignas de resignación ante los reveses del azar y las injusticias humanas, y la meditación frecuente de la muerte irremediable. Sobre ese trasfondo gris destacan los símiles, de una plástica vivacidad. Alguna vez, tras ellos, se adivina la referencia personal. Tal es el caso cuando (en X 10) compara al vencedor de los sármatas a la araña que captura moscas. (El Emperador había recibido el título de *Sarmaticus* en 175, como homenaje a la victoria tras una larga campaña.) Otras veces son símiles más generales: el hombre que se resiste a su destino es como el cochinito que da chillidos mientras le llevan al sacrificio (X 28), el sabio es la roca que resiste incólume los embates de las olas (IV 49), la piedra preciosa a la que nadie puede impedir serlo (IV 20), la virtud es llama que brilla hasta extinguirse (XII 15), la muerte debe ser

acogida con agradecimiento, como la madurez de la aceituna que cae gozosa de la rama (IV 48). Todas estas imágenes intentan conciliar el pesar de la existencia humana al reintegrarlo en una imagen de la naturaleza, regida por un ritmo eterno. Son hermosas y apaciguadoras, como los símiles del viejo Homero, al intercalarse como pausas entre pasajes que recuerdan la lucha y el desánimo. Intentan desvanecer el aspecto irrepetible que la vida individual presenta. El hombre no muere de modo tan sencillo como las aceitunas, porque no se repite como ellas; y el combate del sabio contra los infortunios es más sensible y doliente que el del peñasco contra las tempestades. Marco Aurelio intenta combatir con esos pensamientos consoladores a su enemigo: el tiempo, tenaz aliado de la muerte, y a la historia.

Las *Meditaciones* no son un diario, ni siquiera la dramática «historia de un alma» (M. Dolç), en el sentido de que en ellas no hay referencias al momento en que fueron escritas. (A no ser de modo indirecto, por ejemplo, las localizaciones de los libros II y III, o la referencia a la guerra contra los sármatas en el pasaje aludido hace poco.) No hay en ellas ni fechas ni paisaje. Nos habría gustado a los modernos saber a qué se refieren este o aquel párrafo de disgusto o de admiración, y en qué momento de la noche o ante qué frío paraje danubiano se había escrito tal o cual meditación. Pero, en su desprecio por lo corporal y mundano, Marco Aurelio sólo anota lo esencial: el razonamiento desnudo de lo accesorio y la incitación moral.

Como pensador, Marco Aurelio no es un filósofo original ni complicado. Como otros estoicos de la época imperial (es decir, de la Estoa Nueva), como Séneca y Epicteto, su originalidad básica consiste en la reducción de la filosofía a

la ética, dejando de lado otros aspectos teóricos, como la teoría física, o la gnoseología de la escuela. Tampoco pretende ser un maestro de virtud. Se propone, sí, un cierto ideal estoico del sabio como modelo; aunque es consciente, demasiado tal vez, de la distancia que le separa de este modelo. Lo más atractivo en él es la sinceridad con que intenta vivir según esas pausas éticas. Por eso su estoicismo tiene el atractivo de la doctrina vivida, y no de la predicada. Esa sobrecarga de «moralina» (según el término de Nietzsche) que edulcora la abstracta predicación escolar, queda anulada en sus apuntes por el latente dramatismo de su itinerario espiritual. Como escritor, Marco Aurelio es más monótono y gris que el hábil Séneca, más dotado para el estilo elegante de confesor espiritual, sagaz «torero de la virtud». Y es menos ágil que Epicteto, y menos optimista también. Diríase que el antiguo esclavo estaba menos recargado de deberes y era más libre que el solitario Emperador. Hay en Marco Aurelio una cierta tonalidad pascaliana en su intento, cerebral y cordial, por aferrarse a una explicación del mundo que le permita vivir con dignidad, con razón, frente al azar absurdo. La ética estoica da sentido a su vida, y su experiencia cotidiana es confrontada a la doctrina. Practica la filosofía como un fármaco personal, al tiempo que cumple su deber. Marco Aurelio no era un intelectual al frente del Estado romano. Precisamente porque no lo era, desconfiaba de las fórmulas abstractas y no tenía un programa de reformas ideales, ni creía en las utopías. Ya Renan señaló bien que no era un filósofo dogmático. En efecto, tiende a simplificar la teoría, reduciéndola a los dogmas fundamentales. Él mismo recomienda ese afán de simplificar para quedarse con lo esencial. Parte de unos principios de creencia que acepta como incuestionables. Así, por ejemplo, el de la composi-

ción tripártita del hombre en cuerpo (*sōma*, *sarx*), alma o principio vital (*psyché*, *pneuma*) e inteligencia (*nous*). De esas tres partes, la última es la específicamente humana, y se identifica con el elemento divino interior (el *daímon*) que habita en nosotros y el principio director o guía de nuestra vida (el *hēgēmōnikón*). La conducta recta y racional exige que el *nous*, como guía y divino, no se deje perturbar por las otras dos partes del ser humano. Es el modo más sencillo de superar las pasiones, y el dolor y el placer.

Otro segundo principio es el de saber qué cosas dependen de nosotros y qué cosas no, y cifrar la felicidad en las primeras. El papel mediador de la conciencia en cuanto único criterio de valor permite diferenciar entre bienes y males, que son aquellos que afectan al yo interior, y toda una larga serie de sucesos y cosas exteriores, calificadas como indiferentes. Marco Aurelio no llega a mantener el rigorismo originario sobre las cosas indiferentes; pero reitera tales consejos ascéticos, muy bien explicitados por Epicteto.

Un tercer dogma es el de la sumisión del individuo al conjunto, de la adaptación al *cosmos*, regido inmanentemente por un designio divino y racional. La racional providencia cósmica es uno de los dogmas básicos del estoicismo. Marco Aurelio lo adopta con una sentida y profunda adhesión personal (IV 23, X 28, etc.). Esta creencia, en principio claramente optimista, asume un valor ideológico, transferida de su contexto físico al terreno más cercano de la praxis social, en el marco del Imperio Romano. «La idea de la superioridad de los intereses del Estado o de la colectividad sobre los del individuo es acentuada por Marco Aurelio (v. VI 44, VII 55, IV 29)», apunta M. Rostovtzeff (II 236) en una breve nota, señalando que en «la conciencia de ago-

bio» que era «el rasgo más destacado de la vida económica y social» de esa época, en que se acentuaba «la presión del Estado sobre el pueblo» de modo casi intolerable, resultaba un excelente motivo para justificar la actuación del poder, que intentaba «salvar al Estado a costa de la colectividad y de los individuos». Ya en Epicteto (II 10, 4-5) se encuentra esa consideración de que «el todo es más importante que la parte, y el Estado que el ciudadano». Pero es Marco Aurelio el que insiste en este punto como algo fundamental de toda su ética y quien avanza más sobre tal postulado.

La motivación ideológica de su actitud ha sido analizada penetrantemente por G. Puente (*o. c.*, págs. 229-238), quien señala con claridad el conservadurismo social y el conformismo de esta ideología de resignación. (Cf. especialmente sus conclusiones en pág. 237: «La ideología de resignación del estoicismo tardío responde a un sorprendente mecanismo psicológico en virtud del cual el *civis romanus* resuelve vivir en un doble mundo: el sistema político imperial —*civitas* humana jerarquizada y articulada en clases dominantes y clases explotadas, sujetas ambas a la vis coactiva del orden jurídico— y el orden cósmico racional —*civitas* divina anclada en la actividad de la conciencia individual como *locus* privilegiado de la razón—. El hombre interior constituye la referencia permanente de ese doble mundo, y es el artificio moderador de las encontradas lealtades que imponen, de una parte, los deberes de la convivencia social y política, y de otra, el inalienable albedrío de la conciencia moral. Se trataba, así, de una existencia en funambulesco equilibrio entre la esperanza y la desesperación, entre la exultación moral y el pesimismo resignado, entre el repliegue en sí mismo y la puntual entrega a las contingentes exigencias de

la vida diaria. Esta solución paradójica funcionaría aún durante algunos siglos, y llegaría a encarnarse —en un admirable *coup de théâtre* de la historia— en la persona de un emperador. La figura de Marco Aurelio resulta, en verdad, un fenómeno fascinante para el estudioso de las ideologías, pues su entraña psicológica radica en esa unitaria incorporación viviente de una ideología cuya operación práctica se apoyaba en la radical escisión de la conciencia: la duplicidad de un hombre que, como primer ciudadano, servía fielmente a un orden de dominación que, como sujeto moral, había de eludir constantemente para alcanzar la beatitud. Ambos imperativos se le presentaban como igualmente derivados de cierta concepción del kósmos en cuanto proceso unitario y fatal del lógos universal»).

Psicológicamente la personalidad de Marco Aurelio atrae nuestro interés por su ascetismo y su descontento interior. Descontento de sí mismo —en su afán de ser mejor y de comportarse de acuerdo con sus intenciones éticas en todo— y de los demás (cf. V 10 y muchos otros textos), Marco Aurelio se reitera una y otra vez los mismos consejos y máximas, como si no acabara de convencerse. La insistencia en repetir el remedio sugiere que éste no es del todo eficaz. Un cierto escepticismo latente en esta filosofía de consolación le da un tono dramático; como si las heridas y los dolores acallados, como si las quejas reprimidas y los impulsos detenidos necesitaran, en su subconsciente rebelión, de una nueva dosis de la farmacopea. La resignación aristocrática, el ascético desprecio del mundo y la carne, la sumisión al deber —de filósofo y de ciudadano romano en lo más alto de la jerarquía— son muestras de una actitud que rehúye el patetismo, pero que no puede alcanzar esa apatía inhumana del sabio estoico.

III

La coherencia entre su actuación histórica y su actitud filosófica (dejando ahora a un lado todos los problemas de su teoría) ha traído hacia la figura de Marco Aurelio la admiración de historiadores y pensadores diversos. Entre sus admiradores más ilustres hay que recordar a dos monarcas con inquietudes filosóficas y gran personalidad: a Juliano el Apóstata y a Federico II el Grande de Prusia. Entre los pensadores e historiadores mencionemos a algunos muy significativos, como Gibbon y Montesquieu, M. Arnold y J. Stuart Mill, E. Renan y H. Taine, entre otros. Taine dijo de Marco Aurelio que era «el alma más noble que haya existido». Renan lo calificó como «el mejor y el más grande de su siglo». Otros estudiosos de su obra han insistido en su magnanimidad. Así, por ejemplo, E. Zeller, A. Puech y A. S. L. Farquharson, su más tenaz comentador. Sus biógrafos, por ejemplo, W. Goerlitz y A. Birley, destacan la gran personalidad de Marco Aurelio, y es fácil notar cómo la exposición de sus hechos se acompañan de comentarios admirativos.

Marco Aurelio resulta un tipo de héroe muy poco frecuente en la Historia —entre otras cosas, porque carece de la alegría autoafirmativa y de la arrolladora ambición y del énfasis jovial de otras grandes figuras—. Es un filósofo de reducida originalidad. Pero la conexión de su posición histórica, su conducta personal y su actitud filosófica, hacen de él una figura atractiva y un ejemplo apasionante de humanidad.

IV

La historia de la *tradición del texto* de las *Meditaciones* es bastante extraña. En el s. III parece que Herodiano y Dión Casio conocían la obra. A mediados del s. IV, Juliano el Apóstata y el orador Temistio recuerdan con elogio a Marco Aurelio. En Temistio (en el año 364) se encuentra la primera referencia a su obra con un título expreso, el de *Admoniciones de Marco* (*Márkou parengélmata*). El biógrafo de Avidio Casio en la *Historia Augusta* alude a unas *Exhortaciones* que Marco Aurelio habría declamado durante tres días antes de partir a la guerra contra los marcomanos. (Este biógrafo, que da esta noticia, tal vez confundida, puede ser de la época de Juliano.) Después, desde el s. IV al IX, nadie va a acordarse de los escritos de Marco Aurelio. Así, por ejemplo, no hay ni una cita suya en la amplia selección de filósofos y poetas recopilada por Estobeo a mediados del siglo V.

Pero a comienzos del X, Aretas, un humanista y bibliófilo bizantino, que luego fue arzobispo de Cesarea en Capadocia, escribe a Demetrio, arzobispo de Heraclea, que le envía un volumen antiguo de las *Meditaciones*, un viejo libro muy deteriorado, del que él ya se ha sacado una copia. Esta copia se ha perdido, pero es probable que esté en el origen de la tradición manuscrita de nuestras ediciones modernas. Hacia 950, en su inestimable diccionario, Suidas se refiere a los escritos éticos de Marco Aurelio: *Eis heautón* en 12 libros. Y dos siglos después, Tzetzes (1110-1185) cita algunos párrafos en sus *Chiliades*.

La primera edición impresa es la de Zúrich, 1558-59, hecha por Andreas Gesner, con traducción latina de Wm. Xylander de Augsburgo (1532-76). El texto de esta *editio princeps* se basa en el de un manuscrito palatino, «de la biblioteca del Príncipe Palatino, Otto Heinrich», que Xylander corrigió levemente en algunos pasajes. La importancia del texto editado por Gesner en 1558 aumenta por el hecho de que el manuscrito palatino se perdió luego, de modo que las lecturas de esa impresión (designada como *P* o bien como *T* [*Toxitanus*] en los aparatos críticos) representan el testimonio más fidedigno de la tradición textual. Junto a esta fuente *P*, tenemos otro importante manuscrito: el códice *Vaticanus Graecus*, 1950, designado como *A*, que contiene las *Meditaciones* en una copia de finales del s. xiv al xv. Existen otros manuscritos que son posteriores, o bien ofrecen *excerpta* del texto. Evidentemente, aquí no podemos entrar en pormenores de esa transmisión ni en la confrontación de *A* con *P* (que parecen remontarse a un arquetipo perdido, acaso al texto copiado por Aretas), ni exponer en detalle los nombres de los principales filólogos que se ocuparon de nuestro autor. Remitimos para ello a las introducciones de Trannoy o de Farquharson. En general, puede advertirse, en cualquier edición, las numerosas conjeturas y variantes que sugiere el texto, muy frecuentemente corrupto.

Además de Gesner y de Xylander (apellido latinizado de W. Holzmann, que se ocupó de la primera traducción al latín y de una segunda edición corregida en Basilea en 1568), vale la pena recordar unos pocos nombres. La primera traducción a un idioma moderno fue la de Pardoux Duprat al francés en 1570. Casaubon realizó la primera traducción al inglés en 1634, añadió una excelente introducción y notas críticas en su segunda edición en 1635, y editó el texto grie-

go en 1643, acompañado de una traducción latina (la de Xylander retocada).

En Cambridge y en 1652 apareció la edición del texto griego con nueva traducción latina y un excelente comentario por Thomas Gataker, que hizo época, y se reimprimió varias veces.

Entre los editores y comentaristas modernos ocupa un lugar destacado A. S. L. Farquharson por su obra en dos volúmenes, publicada póstumamente en 1944, dos años después de la muerte de quien le había dedicado muchos años de su vida con una auténtica vocación personal.

Las *Meditaciones* han sido traducidas a todos los idiomas europeos. Un estudioso (J. W. Legg) señala que en el s. xvii hubo 26 ediciones de esta obra; en el xviii, 58; 81, en el xix, y 28 en los ocho primeros años del siglo actual.

En fin, conviene quizá añadir aquí como nota irónica o pintoresca, el nombre de un escritor español que contribuyó, más que ninguno en el s. xvi, a popularizar el nombre de Marco Aurelio no sólo en España, sino en toda Europa. Me refiero a Fray Antonio de Guevara, cuyo *Libro áureo de Marco Aurelio* apareció impreso por primera vez en Sevilla en 1528. Este texto, recogido y ampliado en el *Relox de príncipes* (Valladolid, 1529), gozó de un sorprendente éxito de público, tanto en España (unas 30 ediciones hubo entre uno y otro título en los siglos xvi y xvii) como en Europa, donde se multiplicaron sus ediciones en latín, en francés, en italiano, en inglés, en alemán, en danés y en holandés. Todavía se tradujo al armenio en el s. xviii. Esta obra, que según Menéndez y Pelayo fue tan leída como el *Amadís de Gaula* y la *Celestina*, alcanzando un total de 58 ediciones en

Europa entre el xvi y el xvii en tan varias lenguas, difundió una curiosa imagen del Emperador filósofo desde treinta años antes de la aparición de la *editio princeps* de Marco Aurelio. Esta «extravagante novela» — que algún docto contemporáneo denunció pronto como superchería histórica — surgió de la facundia y la imaginación de este falaz humanista hispánico, a partir de unos mínimos textos antiguos, con una fabulosa desfachatez. Así que, cuando Jacinto Díaz de Miranda, en el prólogo a su traducción en 1785, criticaba que, frente a las ediciones múltiples en otros países europeos, «España es la única que ha escaseado a este Emperador un obsequio tan corto y trivial (como el de traducirlo y publicarlo)», añadía en nota: «Antes, para colmo de desatención, el obispo de Mondoñedo, Guevara, le prohijó atrevidamente en su *Relox de príncipes* desconcertado, contribuyendo la celebridad de Marco Aurelio a que corriese con el aplauso que por sí no merecía, y se imprimiese en los más de los países, traduciéndolo en latín, francés, italiano y alemán».

BIBLIOGRAFÍA

A) Ediciones del texto:

- A. S. L. FARQUHARSON, *The Meditations of the Emperor Marcus Antoninus*, 2 vols., Oxford, 1944. (La edición crítica va acompañada de traducción y un minucioso y extenso comentario que ocupa parte del tomo I y todo el tomo II, así como de una breve, pero excelente introducción.) (Hay reimpresión de 1968.)
- C. R. HAINES, *The Communings with Himself of Marcus Aurelius Antoninus, Emperor of Rome, together with his speeches and*

sayings, Londres, 1916. (Varias reimpressiones.) Col. «Loeb». Con traducción inglesa (muy literal).

H. SCHENKL, *Marcus Aurelius. Selbstbetrachtungen*, Leipzig, Teubner, 1913. (*Editio maior y ed. minor*, con buen aparato crítico.)

A. I. TRANNOY, *Marc-Aurèle. Pensées*, París, 1925 (y varias reimpressiones). Col. «Les Belles Lettres». (Con una introducción de A. Puech y traducción francesa muy cuidada.)

Entre las traducciones más modernas y asequibles vale la pena citar la francesa de M. MEUNIER, *Marc-Aurèle. Pensées pour moi-même*, París, 1964 (Col. «Garnier-Flammariion»), y la inglesa de M. STANFORTH, *Marcus Aurelius, Meditations*, Londres, 1964 (Col. «Penguin Classics»).

B) Traducciones españolas:

La versión castellana más antigua, hecha directamente sobre el texto griego, es la de Jacinto Díaz de Miranda, en 1785, con el título de *Soliloquios o reflexiones morales*. Es una traducción notable y con abundantes notas (unas 500), que se ha reeditado varias veces (por ejemplo, en la «Biblioteca Clásica», en 1888, y en colecciones de difusión amplia, como la «Col. Crisol», de Aguilar, y la «Col. Austral», en este caso sin explicitar la fecha de su primera edición). Esta versión, muy meritoria en su momento — como la *Poética*, de Aristóteles, traducida por J. Goya y Muniain, o *Las vidas y opiniones de los filósofos antiguos*, de Diógenes Laercio, por J. Ortiz Sanz, hechas por los mismos años —, resulta hoy anticuada y un tanto rancia de estilo. (Sobre sus méritos, cf. L. Gil, «Jacinto Díaz de Miranda, colegial de S. Clemente y traductor de Marco Aurelio», en *Studia Albornotiana* [en prensa].)

En el año siguiente (1786) aparecieron unos *Pensamientos escogidos de Marco Aurelio*, por J. Villa López.

En la «Biblioteca Económica Filosófica» se publica una nueva traducción, de A. Zozaya (en 1885). Las *Meditaciones*, en selección y traducción de R. Baeza reaparecen en Madrid, 1919. Con el título de *Soliloquios* las vierte M. Dolç en Barcelona, 1945, en un bello formato y con cuidadoso estilo, sobre el texto griego fijado por Trannoy. Otros traductores: Joaquín Delgado (París, s. a.), J. Pérez Ballester (Barcelona, 1954) y A. C. Gavaldá (autor de una selección con notas, publicada en Palma de Mallorca, 1956).

La presente traducción, de Ramón Bach Pellicer, aventaja a las anteriores en fidelidad al texto griego, ya que en todos los pasajes difíciles se ha preferido la precisión a una falsa elegancia. El texto de Marco Aurelio no es un texto fácil, por motivos ya indicados en esta introducción, y su intelección total requeriría la constante alusión a la terminología del original griego, así como profusión de notas. En ese aspecto el amplio comentario de Farquharson sigue siendo la obra de referencia ineludible.

C) *Biografías de Marco Aurelio*:

A. BIRLEY, *Marcus Aurelius*, Londres, 1966.

A. CRESSON, *Marc-Aurèle: sa vie, son oeuvre*, París, 1962.

W. GOERLITZ, *Marc Aurel, Kaiser und Philosoph*, Stuttgart, 1954.
(Hay traducción francesa, París, 1962.)

C. PARAIN, *Marc-Aurèle*, París, 1957.

E. RIENAN, *Marc-Aurèle et la fin du monde antique*, París, 1882.
(Traducción española de A. Ulquiano, Buenos Aires, 1965.)

J. ROMAINS, *Marco Aurelio o el emperador de buena voluntad*, Madrid, 1971. (Traducción de F. Ximénez de Sandoval. El original francés es de París, 1968.)

Entre estas biografías la famosa obra de E. Renan conserva aún cierto interés por su concepción histórica general, acompañada por la exposición en su brillante y apasionado estilo; si bien sólo algunos capítulos de su libro tratan propiamente de Marco Aurelio. La mejor desde el punto de vista historiográfico es la de A. Birley, admirable por su precisión crítica y detallada erudición, por ejemplo, en la abundancia de referencias prosopográficas. La más asequible al lector español es la de Jules Romain, publicada en la «Colección Austral». No es, sin embargo, a nuestro parecer, una de las mejores obras del tan conocido autor. Con un estilo similar, nos parece muy superior la obra de W. Görlitz, a pesar de su tendencia a relacionar, temerariamente, los textos de Marco Aurelio con ciertos momentos concretos de su vida.

D) *Obras de consulta*

A continuación indicamos algunas obras de consulta o de referencia oportuna para algunos aspectos literarios o filosóficos de la obra de Marco Aurelio en su contexto histórico:

- E. R. DODDS, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety*, Cambridge, 1965. (Traducción española de J. Valiente, Malla, Madrid, 1974, con el título *Paganos y cristianos en una época de angustia*.)
- E. ELORDUY, *El estoicismo*, 2 tomos, Madrid, 1972.
- A. LEVI, *Historia de la filosofía romana*, Buenos Aires, 1969. (El original italiano es de Florencia, 1949.)
- F. MARTINAZZOLI, *La «Succesio» di Marco Aurelio: struttura e spirito del primo libro dei «Pensieri»*, Bari, 1951.
- G. MISCH, *Geschichte der Autobiographie*, Leipzig, 1907. (Traducción inglesa, Cambridge, 1951, 2 tomos.)
- M. POHLENZ, *Die Stoa*, 2 vols., Gotinga, 1948-49. (Trad. italiana en dos vols. *La Stoa. Storia di un movimento spirituale*, Florencia, 1967.)

- G. PUENTE OJEA, *Ideología e historia. El fenómeno estoico en la sociedad antigua*, Madrid, 1974.
- B. P. REARDON, *Courants littéraires Grecs des II^e et III^e siècles après J. C.*, París, 1971.
- J. M. RIST, *Stoic Philosophy*, Cambridge, 1969.
- M. ROSTOVITZEF, *Historia social y económica del Imperio Romano*, tr. esp., Madrid, 1967.
- F. H. SANDBACH, *The Stoics*, Londres, 1975.
- A. J. VOELKE, *L'idée de volonté dans le stoïcisme*, París, 1973.

CARLOS GARCÍA GUAL

MEDITACIONES

NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

El texto de Marco Aurelio presenta especiales dificultades debido a su escasa tradición manuscrita y a la problemática intelección de su terminología filosófica. En nuestra traducción hemos procurado seguir el texto establecido por A. I. Trannoy («Les Belles Lettres», París, 1964, 1.^a edición de 1925), que, en principio, es notablemente conservador. No obstante, hemos tenido en cuenta continuamente, y aceptado en determinados lugares, la lección propuesta por Farquharson (*The Meditations of the Emperor Marcus Antoninus*, 2 vols., Oxford, 1944). Por este motivo hemos considerado más oportuno no dar una lista inicial de variantes preferidas, sino indicarlas mediante nota a pie de página.

Con el fin de facilitar al lector la localización y consulta de los nombres propios, hemos confeccionado un índice de los mismos con las correspondencias oportunas cuando un mismo personaje se encuentra mencionado de modos diferentes o aparece en diversas ocasiones a lo largo de la obra. Son objeto de comentario en nota a pie de página, y no en el Índice general, donde sólo señalamos su localización, aquellos nombres propios que, a nuestro en-

tender, tienen cierto relieve en el contexto general de las *Meditaciones*.

Por estimar que puede ser útil al lector tener a mano una visión de conjunto del marco familiar de nuestro filósofo, incorporamos, siguiendo a Farquharson, *o. c.*, pág. 255, un cuadro genealógico, al final de la traducción.

Conviene también advertir que los pasajes atetizados en las ediciones de A. I. Trannoy y Farquharson como de autenticidad dudosa o interpolados son indicados en nuestra versión mediante corchetes. Las conjeturas adoptadas figuran entre paréntesis angulares con indicación expresa de su procedencia.

Finalmente, queremos señalar que, para no sobrecargar de notas la traducción, remitimos con frecuencia al lector al amplio y detallado comentario de Farquharson, citado anteriormente.

LIBRO I¹

1. De mi abuelo Vero²: el buen carácter y la serenidad.

2. De la reputación y memoria legadas por mi progenitor³: el carácter discreto y viril.

3. De mi madre⁴: el respeto a los dioses, la generosidad y la abstención no sólo de obrar mal, sino incluso de incurrir

¹ Conviene sobreentender en cada apartado del libro I algo así como «recuerdo» o «aprendí de». Al rememorar los rasgos más amables de aquellas personas que influyeron en la vida del autor, sus familiares y sus educadores, Marco Aurelio pone de manifiesto, mediante estas precisas y rápidas evocaciones, su afecto para con todos ellos, pagando así una cordial deuda de gratitud. Como G. Misch ha subrayado (y también luego F. Martinazzoli), este libro está compuesto con una notable originalidad, en cuanto a la reflexión autobiográfica, y con cierto afán por precisar la nota característica de cada uno de los personajes evocados.

² M. Anio Vero, abuelo paterno de Marco Aurelio. Desempeñó cargos políticos de singular importancia; fue prefecto de Roma y cónsul en dos ocasiones. Debido a la muerte prematura del padre de Marco Aurelio, éste fue adoptado y educado bajo la tutela de su abuelo y de su madre, Domicia Lucila.

³ Anio Vero, padre de Marco Aurelio, que murió prematuramente.

⁴ Domicia Lucila, hija de Celvisio Tulo; mujer muy culta, excelente helenista. Su norma de conducta influyó decisivamente en la formación

en semejante pensamiento; más todavía, la frugalidad en el régimen de vida y el alejamiento del modo de vivir propio de los ricos.

4. De mi bisabuelo⁵: el no haber frecuentado las escuelas públicas y haberme servido de buenos maestros en casa, y el haber comprendido que, para tales fines, es preciso gastar con largueza.

5. De mi preceptor: el no haber sido de la facción de los Verdes ni de los Azules⁶, ni partidario de los parmularios ni de los escutarios⁷; el soportar las fatigas y tener pocas necesidades; el trabajo con esfuerzo personal y la abstención de excesivas tareas, y la desfavorable acogida a la calumnia.

6. De Diogneto⁸: el evitar inútiles ocupaciones; y la desconfianza en lo que cuentan los que hacen prodigios y hechiceros acerca de encantamientos y conjuración de espíritus, y de otras prácticas semejantes; y el no dedicarme a la cría de codornices ni sentir pasión por esas cosas; el soportar la conversación franca y familiarizarme con la filosofía; y el haber escuchado primero a Baquio, luego a Tandasis y

de nuestro emperador filósofo. Amaba la vida austera y exenta de lujos, a pesar de su acomodada situación económica.

⁵ L. Catilio Severo, su bisabuelo materno. Ocupó también puestos de relieve en la política de la época: gobernador de Siria, dos veces cónsul, prefecto de Roma. Hombre de vasta cultura, relacionado con el círculo de Plinio. Aportó medios económicos para que el joven Marco Aurelio recibiera una educación completa en su domicilio particular.

⁶ Mediante estos colores se distinguían las facciones rivales en las competiciones circenses y de gladiadores.

⁷ Dos de las cuatro facciones de gladiadores que se diferenciaban entre sí por los diversos tipos de armamento que utilizaban en las competiciones.

⁸ Fue Diogneto, al parecer, pintor, filósofo y músico.

Marciano⁹; haber escrito diálogos en la niñez; y haber deseado el catre cubierto de piel de animal, y todas las demás prácticas vinculadas a la formación helénica.

7. De Rústico¹⁰: el haber concebido la idea de la necesidad de enderezar y cuidar mi carácter; el no haberme desviado a la emulación sofística, ni escribir tratados teóricos ni recitar discursillos de exhortación ni hacerme pasar por persona ascética o filántropo con vistosos alardes; y el haberme apartado de la retórica, de la poética y del refinamiento cortesano. Y el no pasear con la toga¹¹ por casa ni hacer otras cosas semejantes. También el escribir las cartas de modo sencillo, como aquella que escribió él mismo desde Sinuesa¹² a mi madre; el estar dispuesto a aceptar con indulgencia la llamada y la reconciliación con los que nos han ofendido y molestado, tan pronto como quieran retractarse; la lectura con precisión, sin contentarme con unas consideraciones globales, y el no dar mi asentimiento con prontitud a los charlatanes; el haber tomado contacto con los *Recuerdos* de Epicteto, de los que me entregó una copia suya.

⁹ Baquio y Tandasis son nombres poco conocidos. En cuanto a Marciano, algunos editores han sustituido este nombre por el del jurista L. Volusio.

¹⁰ Junio Rústico, filósofo estoico; fue, junto con Frontón, uno de los maestros más queridos por Marco Aurelio. Además de ser su asesor personal, le inició en el estudio de la filosofía estoica y le hizo aprender y estimar los *Recuerdos* de Epicteto.

¹¹ La toga era entre los romanos la prenda principal exterior que usaban en las ceremonias y sesiones de gala; el vestido propio de la vida ordinaria era la túnica.

¹² Ciudad de la Campania.

8. De Apolonio¹³: la libertad de criterio y la decisión firme sin vacilaciones ni recursos fortuitos; no dirigir la mirada a ninguna otra cosa más que a la razón, ni siquiera por poco tiempo; el ser siempre inalterable, en los agudos dolores, en la pérdida de un hijo, en las enfermedades prolongadas; el haber visto claramente en un modelo vivo que la misma persona puede ser muy rigurosa y al mismo tiempo desenfadada; el no mostrar un carácter irascible en las explicaciones; el haber visto a un hombre que claramente consideraba como la más ínfima de sus cualidades la experiencia y la diligencia en transmitir las explicaciones teóricas; el haber aprendido cómo hay que aceptar los aparentes favores de los amigos, sin dejarse sobornar por ellos ni rechazarlos sin tacto.

9. De Sexto¹⁴: la benevolencia, el ejemplo de una casa gobernada patriarcalmente, el proyecto de vivir conforme a la naturaleza; la dignidad sin afectación; el atender a los amigos con solicitud; la tolerancia con los ignorantes y con los que opinan sin reflexionar; la armonía con todos, de manera que su trato era más agradable que cualquier adulación, y le tenían en aquel preciso momento el máximo respeto; la capacidad de descubrir con método inductivo y ordenado los principios necesarios para la vida; el no haber dado nunca la impresión de cólera ni de ninguna otra pasión, antes bien, el ser el menos afectado por las pasiones y a la vez el que ama más entrañablemente a los hombres; el elogio, sin estridencias; el saber polifacécito, sin alardes.

¹³ Apolonio de Calcis, filósofo estoico. A instancias de Antonino acudió a Roma para instruir a Marco Aurelio.

¹⁴ Sexto de Queronea, filósofo estoico, sobrino del moralista y biógrafo Plutarco.

10. De Alejandro¹⁵ el gramático: la aversión a criticar; el no reprender con injurias a los que han proferido un barbarismo, solecismo o sonido mal pronunciado, sino proclamar con destreza el término preciso que debía ser pronunciado, en forma de respuesta, o de ratificación o de una consideración en común sobre el tema mismo, no sobre la expresión gramatical, o por medio de cualquier otra sugerencia ocasional y apropiada.

11. De Frontón¹⁶: el haberme detenido a pensar cómo es la envidia, la astucia y la hipocresía propia del tirano, y que, en general, los que entre nosotros son llamados «eupátridas», son, en cierto modo, incapaces de afecto.

12. De Alejandro el platónico¹⁷: el no decir a alguien muchas veces y sin necesidad o escribirle por carta: «Estoy ocupado», y no rechazar de este modo sistemáticamente las obligaciones que imponen las relaciones sociales, pretextando excesivas ocupaciones.

13. De Catulo¹⁸: el no dar poca importancia a la queja de un amigo, aunque casualmente fuera infundada, sino in-

¹⁵ Alejandro, maestro y preceptor de Marco Aurelio, fue uno de los más insignes gramáticos de su época. Autor de un comentario sobre los poemas homéricos. Aristides escribió el elogio fúnebre de este gramático.

¹⁶ M. Cornelio Frontón, distinguido orador que ejerció notable influencia en el desarrollo de la personalidad de Marco Aurelio. De la correspondencia mantenida entre ambos se concluye que les unía una sincera y profunda amistad.

¹⁷ No coinciden los comentaristas al señalar la identidad de Alejandro el platónico. Se trataría, según Farquharson, de un retórico que habría sido secretario griego de Marco Aurelio.

¹⁸ C. Catulo, filósofo estoico poco conocido. Tampoco poseemos datos relativos a la personalidad de Domicio. Atenódoto fue maestro de Frontón.

tentar consolidar la relación habitual; el elogio cordial a los maestros, como se recuerda que lo hacían Domicio y Atenódoto; el amor verdadero por los hijos.

14. De «mi hermano»¹⁹ Severo²⁰: el amor a la familia, a la verdad y la justicia; el haber conocido, gracias a él, a Traseas, Helvidio, Catón, Dión, Bruto; el haber concebido la idea de una constitución basada en la igualdad ante la ley, regida por la equidad y la libertad de expresión igual para todos, y de una realeza que honra y respeta, por encima de todo, la libertad de sus súbditos. De él también: la uniformidad y constante aplicación al servicio de la filosofía; la beneficencia y generosidad constante; el optimismo y la confianza en la amistad de los amigos; ningún disimulo para con los que merecían su censura; el no requerir que sus amigos conjeturaran qué quería o qué no quería, pues estaba claro.

15. De Máximo²¹: el dominio de sí mismo y no dejarse arrastrar por nada; el buen ánimo en todas las circunstancias y especialmente en las enfermedades; la moderación de carácter, dulce y a la vez grave; la ejecución sin refunfuñar de las tareas propuestas; la confianza de todos en él, porque sus palabras respondían a sus pensamientos y en sus actuaciones procedía sin mala fe; el no sorprenderse ni arredrarse; en nin-

¹⁹ «mi hermano», lo excluyen Mosheini y Schultz. De igual modo procede Farquharson en su edición crítica. A. I. Trannoy indica que es sospechoso.

²⁰ Claudio Severo, filósofo peripatético. Su hijo se casó con Fadila, segunda hija del emperador Marco Aurelio. Traseas, Helvidio, Catón, Dión y Bruto son filósofos estoicos.

²¹ Claudio Máximo, filósofo estoico y maestro de Marco Aurelio. Nombrado cónsul por Marco Aurelio, ocupó más tarde los cargos de legado en Panonia y procónsul en África. A él se alude de nuevo en I 17 junto con Rústico y Apolonio.

gún caso precipitación o lentitud, ni impotencia, ni abatimiento, ni risa a carcajadas, seguidas de accesos de ira o de recelo. La beneficencia, el perdón y la sinceridad; el dar la impresión de hombre recto e inflexible más bien que corregido; que nadie se creyera menospreciado por él ni sospechara que se consideraba superior a él; su amabilidad en...²².

16. De mi padre²³: la mansedumbre y la firmeza serena en las decisiones profundamente examinadas. El no vanagloriarse con los honores aparentes; el amor al trabajo y la perseverancia; el estar dispuesto a escuchar a los que podían hacer una contribución útil a la comunidad. El distribuir sin vacilaciones a cada uno según su mérito. La experiencia para distinguir cuándo es necesario un esfuerzo sin desmayo, y cuándo hay que relajarse. El saber poner fin a las relaciones amorosas con los adolescentes. La sociabilidad y el consentir a los amigos que no asistieran siempre a sus comidas y que no le acompañaran necesariamente en sus desplazamientos; antes bien, quienes le habían dejado momentáneamente por alguna necesidad le encontraban siempre igual. El examen minucioso en las deliberaciones y la tenacidad, sin eludir la indagación, satisfecho con las primeras impresiones. El celo por conservar los amigos, sin mostrar nunca disgusto ni loco apasionamiento. La autosuficiencia en todo y la serenidad. La previsión desde lejos y la regulación previa de los detalles más insignificantes sin escenas trágicas. La represión de las aclamaciones y de toda adulación dirigida a su persona. El velar constantemente por las necesidades

²² Existe en el texto griego una laguna. Farquharson, para salvar el sentido de la frase, sobrentiende: («en la vida de sociedad»).

²³ Antonino Pío, su tío político y padre adoptivo. La norma de conducta de este Emperador dejó profunda huella en Marco Aurelio, su sucesor al frente del Imperio.

del Imperio. La administración de los recursos públicos y la tolerancia ante la crítica en cualquiera de estas materias; ningún temor supersticioso respecto a los dioses ni disposición para captar el favor de los hombres mediante agasajos o lisonjas al pueblo; por el contrario, sobriedad en todo y firmeza, ausencia absoluta de gustos vulgares y de deseo innovador. El uso de los bienes que contribuyen a una vida fácil —y la Fortuna se los había deparado en abundancia—, sin orgullo y a la vez sin pretextos, de manera que los acogía con naturalidad, cuando los tenía, pero no sentía necesidad de ellos, cuando le faltaban. El hecho de que nadie hubiese podido tacharle de sofista, bufón o pedante; por el contrario, era tenido por hombre maduro, completo, inaccesible a la adulación, capaz de estar al frente de los asuntos propios y ajenos. Además, el aprecio por quienes filosofan de verdad, sin ofender a los demás ni dejarse tampoco embaucar por ellos; más todavía, su trato afable y buen humor, pero no en exceso. El cuidado moderado del propio cuerpo, no como quien ama la vida, ni con coquetería ni tampoco negligentemente, sino de manera que, gracias a su cuidado personal, en contadísimas ocasiones tuvo necesidad de asistencia médica, de fármacos o emplastos. Y especialmente, su complacencia, exenta de envidia, en los que poseían alguna facultad, por ejemplo, la facilidad de expresión, el conocimiento de la historia de las leyes, de las costumbres o de cualquier otra materia; su ahínco en ayudarles para que cada uno consiguiera los honores acordes a su peculiar excelencia; procediendo en todo según las tradiciones ancestrales, pero procurando no hacer ostentación ni siquiera de esto: de velar por dichas tradiciones. Además, no era propicio a desplazarse ni a agitarse fácilmente, sino que gustaba de permanecer en los mismos lugares y ocupaciones. E in-

mediatamente, después de los agudos dolores de cabeza, rejuvenecido y en plenas facultades, se entregaba a las tareas habituales. El no tener muchos secretos, sino muy pocos, excepcionalmente, y sólo sobre asuntos de Estado. Su sagacidad y mesura en la celebración de fiestas, en la construcción de obras públicas, en las asignaciones y en otras cosas semejantes, es propia de una persona que mira exclusivamente lo que debe hacerse, sin tener en cuenta la aprobación popular a las obras realizadas. Ni baños a destiempo, ni amor a la construcción de casas, ni preocupación por las comidas, ni por las telas, ni por el color de los vestidos, ni por el buen aspecto de sus servidores²⁴; el vestido que llevaba procedía de su casa de campo en Lorio²⁵, y la mayoría de sus enseres, de la que tenía en Lanuvio. ¡Cómo trató al recaudador de impuestos en Túsculo que le hacía reclamaciones! Y todo su carácter era así; no fue ni cruel, ni hosco, ni duro, de manera que jamás se habría podido decir de él: «Ya suda»²⁶, sino que, todo lo había calculado con exactitud, como si, le sobrara tiempo, sin turbación, sin desorden, con firmeza, concertadamente. Y encajaría bien en él lo que se recuerda de Sócrates: que era capaz de abstenerse y disfrutar de aquellos bienes, cuya privación debilita a la mayor parte, mientras que su disfrute les hace abandonarse a ellos. Su vigor físico y su resistencia, y la sobriedad en ambos ca-

²⁴ Texto con lagunas y corrupto. En la traducción no seguimos la conjetura propuesta por A. I. Trannoy. A nuestro entender, el sentido global del pasaje se capta bien sin necesidad de introducir modificaciones.

²⁵ Lorio era una pequeña aldea situada al NO. de Roma, en la frontera de Etruria y el Lacio, donde poseía una casa de campo Antonino. Lanuvio, ciudad originaria de Antonino, y Túsculo se encuentran en el Lacio.

²⁶ Frase proverbial, equivalente al castellano: «¡Está a punto de explotar!» (De cólera o de irritación).

sos son propiedades de un hombre que tiene un alma equilibrada e invencible, como mostró durante la enfermedad que le llevó a la muerte²⁷.

17. De los dioses: el tener buenos abuelos, buenos progenitores, buena hermana, buenos maestros, buenos amigos íntimos, parientes y amigos, casi todos buenos; el no haberme dejado llevar fácilmente nunca a ofender a ninguno de ellos, a pesar de tener una disposición natural idónea para poder hacer algo semejante, si se hubiese presentado la ocasión. Es un favor divino que no se presentara ninguna combinación de circunstancias que me pusiera a prueba; el no haber sido educado largo tiempo junto a la concubina de mi abuelo; el haber conservado la flor de mi juventud y el no haber demostrado antes de tiempo mi virilidad, sino incluso haberlo demorado por algún tiempo; el haber estado sometido a las órdenes de un gobernante, mi padre, que debía arrancar de mí todo orgullo y llevarme a comprender que es posible vivir en palacio sin tener necesidad de guardia personal, de vestidos suntuosos, de candelabros, de estatuas y otras cosas semejantes y de un lujo parecido; sino que es posible ceñirse a un régimen de vida muy próximo al de un simple particular, y no por ello ser más desgraciado o más negligente en el cumplimiento de los deberes que soberanamente nos exige la comunidad. El haberme tocado en suerte un hermano capaz, por su carácter, de incitarme al cuidado de mí mismo y que, a la vez, me alegraba por su respeto y afecto; el no haber tenido hijos subnormales o deformes; el no haber progresado demasiado en la retórica, en la poética y en las demás disciplinas, en las que tal vez me

²⁷ («que le llevó a la muerte») aceptando la conjetura de A. I. TRANNOY *ad loc.* FARQUHARSON corrige la lectura y traduce: («de Máximo»).

habría detenido, si hubiese percibido que progresaba a buen ritmo. El haberme anticipado a situar a mis educadores en el punto de dignidad que estimaba deseaban, sin demorarlo, con la esperanza de que, puesto que eran todavía jóvenes, lo pondría en práctica más tarde. El haber conocido a Apolonio, Rústico, Máximo. El haberme representado claramente y en muchas ocasiones qué es la vida acorde con la naturaleza, de manera que, en la medida que depende de los dioses, de sus comunicaciones, de sus socorros y de sus inspiraciones, nada impedía ya que viviera de acuerdo con la naturaleza, y si continuó todavía lejos de este ideal, es culpa mía por no observar las sugerencias de los dioses y a duras penas sus enseñanzas; la resistencia de mi cuerpo durante largo tiempo en una vida de estas características; el no haber tocado ni a Benedicta ni a Teódoto, e incluso, más tarde, víctima de pasiones amorosas, haber curado; el no haberme excedido nunca con Rústico, a pesar de las frecuentes disputas, de lo que me habría arrepentido; el hecho de que mi madre, que debía morir joven, viviera, sin embargo, conmigo sus últimos años; el hecho de que cuantas veces quise socorrer a un pobre o necesitado de otra cosa, jamás oí decir que no tenía dinero disponible; el no haber caído yo mismo en una necesidad semejante como para reclamar ayuda ajena; el tener una esposa²⁸ de tales cualidades: tan obediente, tan cariñosa, tan sencilla; el haber conseguido fácilmente para mis hijos educadores adecuados; el haber recibido, a

²⁸ Faustina, hija de Antonino. Sobre su actuación pública y privada se han emitido diversos y contrapuestos juicios. Los historiadores Casio y Capitolino le reprochan su vida disoluta: infidelidad a su marido, participación activa en la conjura de Casio, etc. Sin embargo, Farquharson y la mayor parte de biógrafos modernos no aceptan como dignas de crédito tales acusaciones.

través de sueños, remedios, sobre todo para no escupir sangre y evitar los mareos, y lo de Gaeta²⁹, a modo de oráculo; el no haber caído, cuando me aficioné a la filosofía, en manos de un sofista ni haberme entretenido en el análisis de autores o de silogismos ni ocuparme a fondo de los fenómenos celestes.

Todo esto «requiere ayudas de los dioses y de la Fortuna».

³⁰ Entre los cuados³¹, a orillas del Gran³².

²⁹ Texto difícil y probablemente corrupto. Sobre la respuesta del oráculo de Gaeta, no conocemos con detalle este episodio. Farquharson entiende que en el texto se da la respuesta del mismo: «*hōsper chrēsēi*» = «Como tú te portes» («serás?»). (Cf. FARQUHARSON, *o. c.*, pág. 19, y t. II, pág. 486).

³⁰ Según Farquharson, esta línea se refiere al libro II, al que serviría de título, mientras que la referencia a Carnunto, generalmente recogida al final del libro II, se refería al libro III.

³¹ Los cuados formaban parte de los pueblos germánicos. Contra ellos, Marco Aurelio hizo una expedición militar para subyugarlos.

³² El río Gran es afluente del Danubio.

LIBRO II

1. Al despuntar la aurora, hazte estas consideraciones previas: me encontraré con un indiscreto, un ingrato, un insolente, un mentiroso, un envidioso, un insociable. Todo eso les acontece por ignorancia de los bienes y de los males. Pero yo, que he observado que la naturaleza del bien es lo bello, y que la del mal es lo vergonzoso, y que la naturaleza del pecador mismo es pariente de la mía, porque participa, no de la misma sangre o de la misma semilla, sino de la inteligencia y de una porción de la divinidad, no puedo recibir daño de ninguno de ellos, pues ninguno me cubrirá de vergüenza; ni puedo enfadarme con mi pariente ni odiarle. Pues hemos nacido para colaborar, al igual que los pies, las manos, los párpados, las hileras de dientes, superiores e inferiores. Obrar, pues, como adversarios los unos de los otros es contrario a la naturaleza. Y es actuar como adversario el hecho de manifestar indignación y repulsa.

2. Esto es todo lo que soy: un poco de carne, un breve hálito vital, y el guía interior. ¡Deja los libros! No te dejes distraer más; no te está permitido. Sino que, en la idea de que eres ya un moribundo, desprecia la carne: sangre y

polvo, huesecillos, fino tejido de nervios, de diminutas venas y arterias. Mira también en qué consiste el hálito vital: viento, y no siempre el mismo, pues en todo momento se vomita y de nuevo se succiona. En tercer lugar, pues, te queda el guía interior. Reflexiona así: eres viejo; no consientas por más tiempo que éste sea esclavo, ni que siga aún zarandeado como marioneta por instintos egoístas, ni que se enoje todavía con el destino presente o recele del futuro.

3. Las obras de los dioses están llenas de providencia, las de la Fortuna no están separadas de la naturaleza o de la trama y entrelazamiento de las cosas gobernadas por la Providencia. De allí fluye todo. Se añade lo necesario y lo conveniente para el conjunto del universo, del que formas parte. Para cualquier parte de naturaleza es bueno aquello que colabora con la naturaleza del conjunto y lo que es capaz de preservarla. Y conservan el mundo tanto las transformaciones de los elementos simples como las de los compuestos. Sean suficientes para ti estas reflexiones, si son principios básicos. Aparta tu sed de libros, para no morir gruñendo, sino verdaderamente resignado y agradecido de corazón a los dioses.

4. Recuerda cuánto tiempo hace que difieres eso y cuántas veces has recibido avisos previos de los dioses sin aprovecharlos. Preciso es que a partir de este momento te des cuenta de qué mundo eres parte y de qué gobernante del mundo procedes como emanación, y comprenderás que tu vida está circunscrita a un período de tiempo limitado. Caso de que no aproveches esta oportunidad para serenarte, pasará, y tú también pasarás, y ya no habrá otra.

5. A todas horas, preocúpate resueltamente, como romano y varón, de hacer lo que tienes entre manos con puntual y no fingida gravedad, con amor, libertad y justicia, y procúrate tiempo libre para liberarte de todas las demás distracciones. Y conseguirás tu propósito, si ejecutas cada acción como si se tratara de la última de tu vida, desprovista de toda irreflexión, de toda aversión apasionada que te alejara del dominio de la razón, de toda hipocresía, egoísmo y despecho en lo relacionado con el destino. Estás viendo cómo son pocos los principios que hay que dominar para vivir una vida de curso favorable y de respeto a los dioses. Porque los dioses nada más reclamarán a quien observa estos preceptos.

6. ¡Te afrentas, te afrentas³³, alma mía! Y ya no tendrás ocasión de honrarte³⁴. ¡Breve es la vida para cada uno! Tú, prácticamente, la has consumido sin respetar el alma que te pertenece, y, sin embargo, haces depender tu buena fortuna del alma de otros.

7. No te arrastren los accidentes exteriores; procúrate tiempo libre para aprender algo bueno y cesa ya de girar como un trompo. En adelante, debes precaverte también de otra desviación. Porque deliran también, en medio de tantas ocupaciones, los que están cansados de vivir y no tienen blanco hacia el que dirijan todo impulso y, en suma, su imaginación.

³³ Aceptamos, siguiendo a Farquharson, la corrección de Gataker. A. I. Trannoy prefiere la interpretación de M. Puech, y traduce por imperativo las dos formas verbales yuxtapuestas que inician el párrafo.

³⁴ La traducción se basa en un texto en parte conjetural. Según otra posible versión: «¡Bien, cada uno tiene su vida!»

8. No es fácil ver a un hombre desdichado por no haberse detenido a pensar qué ocurre en el alma de otro. Pero quienes no siguen con atención los movimientos de su propia alma, fuerza es que sean desdichados.

9. Es preciso tener siempre presente esto: cuál es la naturaleza del conjunto y cuál es la mía, y cómo se comporta ésta respecto a aquélla y qué parte, de qué conjunto es; tener presente también que nadie te impide obrar siempre y decir lo que es consecuente con la naturaleza, de la cual eres parte.

10. Desde una perspectiva filosófica afirma Teofrasto³⁵, en su comparación de las faltas, como podría compararlas un hombre según el sentido común, que las faltas cometidas por concupiscencia son más graves que las cometidas por ira. Porque el hombre que monta en cólera parece desviarse de la razón con cierta pena y congoja interior; mientras que la persona que yerra por concupiscencia, derrotado por el placer, se muestra más flojo y afeminado en sus faltas. Con razón, pues, y de manera digna de un filósofo, dijo que el que peca con placer merece mayor reprobación que el que peca con dolor. En suma, el primero se parece más a un hombre que ha sido víctima de una injusticia previa y que se ha visto forzado a montar en cólera por dolor; el segundo se ha lanzado a la injusticia por sí mismo, movido a actuar por concupiscencia.

³⁵ Teofrasto, discípulo de Platón y Aristóteles. Éste le nombró su sucesor en la jefatura del Liceo y tutor de su hijo Nicómaco. Escritor fecundo, y científico. Autor de los *Caracteres*, tratado en el que caricaturiza a treinta tipos, poniendo de manifiesto su agudo sentido de observación con su punzante ironía.

11. En la convicción de que puedes salir ya de la vida, haz, di y piensa todas y cada una de las cosas en consonancia con esta idea. Pues alejarse de los hombres, si existen dioses, en absoluto es temible, porque éstos no podrían sumirte en el mal. Mas, si en verdad no existen, o no les importan los asuntos humanos, ¿a qué vivir en un mundo vacío de dioses o vacío de providencia? Pero si existen, y les importan las cosas humanas, y han puesto todos los medios a su alcance para que el hombre no sucumba a los verdaderos males. Y si algún mal quedara, también esto lo habrían previsto, a fin de que contara el hombre con todos los medios para evitar caer en él. Pero lo que no hace peor a un hombre, ¿cómo eso podría hacer peor su vida? Ni por ignorancia ni conscientemente, sino por ser incapaz de prevenir o corregir estos defectos, la naturaleza del conjunto lo habría consentido. Y tampoco por incapacidad o inhabilidad habría cometido un error de tales dimensiones como para que les tocaran a los buenos y a los malos indistintamente, bienes y males a partes iguales. Sin embargo, muerte y vida, gloria e infamia, dolor y placer, riqueza y penuria, todo eso acontece indistintamente al hombre bueno y al malo, pues no es ni bello ni feo. Porque, efectivamente, no son bienes ni males.

12. ¡Cómo en un instante desaparece todo: en el mundo, los cuerpos mismos, y en el tiempo, su memoria! ¡Cómo es todo lo sensible, y especialmente lo que nos seduce por placer o nos asusta por dolor o lo que nos hace gritar por orgullo; cómo todo es vil, despreciable, sucio, fácilmente destructible y cadáver! ¡Eso debe considerar la facultad de la inteligencia! ¿Qué son esos, cuyas opiniones y palabras procuran buena fama³⁶...? ¿Qué es la muerte? Porque si se

³⁶ [y deshonor] según suple Farquharson.

la mira a ella exclusivamente y se abstraen, por división de su concepto, los fantasmas que la recubren, ya no sugerirá otra cosa sino que es obra de la naturaleza. Y si alguien teme la acción de la naturaleza, es un chiquillo. Pero no sólo es la muerte acción de la naturaleza, sino también acción útil a la naturaleza. Cómo el hombre entra en contacto con Dios y por qué parte de sí mismo, y, en suma, cómo está dispuesta esa pequeña parte del hombre.

13. Nada más desventurado que el hombre que recorre en círculo todas las cosas y «que indaga», dice, «las profundidades de la tierra»³⁷, y que busca, mediante conjeturas, lo que ocurre en el alma del vecino, pero sin darse cuenta de que le basta estar junto a la única divinidad que reside en su interior y ser su sincero servidor. Y el culto que se le debe consiste en preservarla pura de pasión, de irreflexión y de disgusto contra lo que procede de los dioses y de los hombres. Porque lo que procede de los dioses es respetable por su excelencia, pero lo que procede de los hombres nos es querido por nuestro parentesco, y a veces, incluso, en cierto modo, inspira compasión, por su ignorancia de los bienes y de los males, ceguera no menor que la que nos priva de discernir lo blanco de lo negro.

14. Aunque debieras vivir tres mil años y otras tantas veces diez mil, no obstante recuerda que nadie pierde otra vida que la que vive, ni vive otra que la que pierde. En consecuencia, lo más largo y lo más corto confluyen en un mismo punto. El presente, en efecto, es igual para todos, lo que se pierde es también igual, y

³⁷ Palabras de Píndaro, citado por PLATÓN en el *Teeteto*, 174 b.

lo que se separa es, evidentemente, un simple instante. Luego ni el pasado ni el futuro se podría perder, porque lo que no se tiene, ¿cómo nos lo podría arrebatar alguien? Ten siempre presente, por tanto, esas dos cosas: una, que todo, desde siempre, se presenta de forma igual y describe los mismos círculos, y nada importa que se contemple lo mismo durante cien años, doscientos o un tiempo indefinido; la otra, que el que ha vivido más tiempo y el que morirá más prematuramente, sufren idéntica pérdida. Porque sólo se nos puede privar del presente, puesto que éste sólo posees, y lo que uno no posee, no lo puede perder.

15. «Que todo es opinión»³⁸. Evidente es lo que se dice referido al cínico Mónimo³⁹. Evidente también, la utilidad de lo que se dice, si se acepta lo sustancial del dicho, en la medida en que es oportuno.

16. El alma del hombre se afrenta, sobre todo, cuando, en lo que de ella depende, se convierte en pústula y en algo parecido a una excrecencia del mundo. Porque enojarse con algún suceso de los que se presentan es una separación de la naturaleza, en cuya parcela se albergan las naturalezas de cada uno de los restantes seres. En segundo lugar, se afrenta también, cuando siente aversión a cualquier persona o se comporta hostilmente con intención de dañarla, como es el caso de las naturalezas de los que montan en cólera. En tercer lugar, se afrenta, cuando sucumbe al placer o al pesar. En cuarto lugar, cuando es hipócrita y hace o dice algo con fic-

³⁸ MENANDRO, fragmento 249 KOCK.

³⁹ Mónimo, filósofo cínico, discípulo de Diógenes y Crates.

ción o contra la verdad. En quinto lugar, cuando se desentiende de una actividad o impulso que le es propio, sin perseguir ningún objetivo, sino que al azar e inconsecuentemente se aplica a cualquier tarea, siendo así que, incluso las más insignificantes actividades deberían llevarse a cabo referidas a un fin. Y el fin de los seres racionales es obedecer la razón y la ley de la ciudad y constitución más venerable.

17. El tiempo de la vida humana, un punto; su sustancia, fluyente; su sensación, turbia; la composición del conjunto del cuerpo, fácilmente corruptible; su alma, una peonza; su fortuna, algo difícil de conjeturar; su fama, indescifrable. En pocas palabras: todo lo que pertenece al cuerpo, un río; sueño y vapor, lo que es propio del alma; la vida, guerra y estancia en tierra extraña; la fama póstuma, olvido. ¿Qué, pues, puede darnos compañía? Única y exclusivamente la filosofía. Y ésta consiste en preservar el guía⁴⁰ interior, exento de ultrajes y de daño, dueño de placeres y penas, sin hacer nada al azar, sin valerse de la mentira ni de la hipocresía, al margen de lo que otro haga o deje de hacer; más aún, aceptando lo que acontece y se le asigna, como procediendo de aquel lugar de donde él mismo ha venido. Y sobre todo, aguardando la muerte con pensamiento favorable, en la convicción de que ésta no es otra cosa que disolución de elementos de que está compuesto cada ser vivo. Y si para los mismos elementos nada temible hay en el hecho de que cada uno se transforme de continuo en otro, ¿por qué recelar de la transformación y disolución de todas las cosas? Pues

⁴⁰ *El daimon* o genio o divinidad.

esto es conforme a la naturaleza, y nada es malo si es conforme a la naturaleza.

En Carnunto⁴¹.

⁴¹ Ciudad de Panonia situada junto al río Danubio, residencia habitual de Marco Aurelio durante la campaña de 170-174, en la que asumió personalmente las funciones de jefe del ejército. Según Farquharson, esta localización debe encabezar el libro siguiente.

LIBRO III

1. No sólo esto debe tomarse en cuenta, que día a día se va gastando la vida y nos queda una parte menor de ella, sino que se debe reflexionar también que, si una persona prolonga su existencia, no está claro si su inteligencia será igualmente capaz en adelante para la comprensión de las cosas y de la teoría que tiende al conocimiento de las cosas divinas y humanas. Porque, en el caso de que dicha persona empiece al desvariar, la respiración, la nutrición, la imaginación, los instintos y todas las demás funciones semejantes no le faltarán; pero la facultad de disponer de sí mismo, de calibrar con exactitud el número de los deberes, de analizar las apariencias, de detenerse a reflexionar sobre si ya ha llegado el momento de abandonar esta vida y cuantas necesidades de características semejantes precisan un ejercicio exhaustivo de la razón, se extingue antes. Conviene, pues, apresurarse no sólo porque a cada instante estamos más cerca de la muerte, sino también porque cesa con anterioridad la comprensión de las cosas y la capacidad de acomodarnos a ellas.

2. Conviene también estar a la expectativa de hechos como éstos, que incluso las modificaciones accesorias de

las cosas naturales tienen algún encanto y atractivo. Así, por ejemplo, un trozo de pan al cocerse se agrieta en ciertas partes; esas grietas que así se forman y que, en cierto modo, son contrarias a la promesa del arte del panadero, son, en cierto modo, adecuadas, y excitan singularmente el apetito. Asimismo, los higos, cuando están muy maduros, se entreabren. Y en las aceitunas que quedan maduras en los árboles, su misma proximidad a la podredumbre añade al fruto una belleza singular. Igualmente las espigas que se inclinan hacia abajo, la melena del león y la espuma que brota de la boca de los jabalíes y muchas otras cosas, examinadas en particular, están lejos de ser bellas; y, sin embargo, al ser consecuencia de ciertos procesos naturales, cobran un aspecto bello y son atractivas. De manera que, si una persona tiene sensibilidad e inteligencia suficientemente profunda para captar lo que sucede en el conjunto, casi nada le parecerá, incluso entre las cosas que acontecen por efectos secundarios, no comportar algún encanto singular. Y esa persona verá las fauces reales de las fieras con no menor agrado que todas sus reproducciones realizadas por pintores y escultores; incluso podrá ver con sus sagaces ojos cierta plenitud y madurez en la anciana y el anciano y también, en los niños, su amable encanto. Muchas cosas semejantes se encontrarán no al alcance de cualquiera, sino, exclusivamente, para el que de verdad esté familiarizado con la naturaleza y sus obras.

3. Hipócrates⁴², después de haber curado muchas enfermedades, enfermó él también y murió. Los caldeos pre-

⁴² Hipócrates de Cos, fundador de la medicina científica. En sus escritos encontramos una concepción de la medicina basada en la atenta

dijeron la muerte de muchos, y también a ellos les alcanzó el destino. Alejandro, Pompeyo y Cayo César, después de haber arrasado hasta los cimientos tantas veces ciudades enteras y destrozado en orden de combate numerosas miríadas de jinetes e infantes, también ellos acabaron por perder la vida. Heráclito⁴³, después de haber hecho tantas investigaciones sobre la conflagración del mundo, aquejado de hidropesía y recubierto de estiércol, murió. A Demócrito⁴⁴, los gusanos; gusanos también, pero distintos, acabaron con Sócrates. ¿Qué significa esto? Te embarcaste, surcaste mares, atracaste: ¡desembarca! Si es para entrar en otra vida, tampoco allí está nada vacío de dioses; pero si es para encontrarte en la insensibilidad, cesarás de soportar fatigas y placeres y de estar al servicio de una envoltura tanto más ruin cuanto más superior es la parte subordinada: ésta es inteligencia y divinidad; aquélla, tierra y sangre mezclada con polvo.

observación del cuerpo humano en estado de salud y enfermedad, en la experiencia y en el acopio de datos, además de una rigurosa etiología.

⁴³ Heráclito de Éfeso, filósofo presocrático; los estoicos reelaboraron ciertos aspectos de su teoría. En cuanto a su muerte, la vieja anécdota de que murió hidrópico encierra una ironía: el agua habría destruido al filósofo que consideraba el fuego como el elemento primordial y que decía que «el alma más seca es la mejor».

⁴⁴ Demócrito de Abdera, presocrático. Junto con Leucipo es el principal representante del atomismo. Buscó la solución al problema de la Naturaleza mediante la afirmación de la existencia de átomos, dotados de todos los atributos del Ser de Parménides, pero aceptando la posibilidad del vacío. Según Diógenes Laercio murió de vejez. Pero también aquí M. A. ironiza: el que afirmaba que los cuerpos se descomponen en mínimas partículas acabó descompuesto por unos seres mínimos: los gusanos.

4. No consumas la parte de la vida que te resta en hacer conjeturas sobre otras personas, de no ser que tu objetivo apunte a un bien común; porque ciertamente te privas de otra tarea; a saber, al imaginar qué hace fulano y por qué, y qué piensa y qué trama y tantas cosas semejantes que provocan tu aturdimiento, te apartas de la observación de tu guía interior. Conviene, por consiguiente, que en el encadenamiento de tus ideas, evites admitir lo que es fruto del azar y superfluo, pero mucho más lo inútil y pernicioso. Debes también acostumbrarte a formarte únicamente aquellas ideas acerca de las cuales, si se te preguntara de súbito: «¿En qué piensas ahora?», con franqueza pudieras contestar al instante: «En esto y en aquello», de manera que al instante se pusiera de manifiesto que todo en ti es sencillo, benévolo y propio de un ser sociable al que no importan placeres o, en una palabra, imágenes que procuren goces; un ser exento de toda codicia, envidia, recelo o cualquier otra pasión, de la que pudieras ruborizarte reconociendo que la posees en tu pensamiento. Porque el hombre de estas características que ya no demora el situarse como entre los mejores, se convierte en sacerdote y servidor de los dioses, puesto al servicio también de la divinidad que se asienta en su interior, todo lo cual le inmuniza contra los placeres, le hace invulnerable a todo dolor, intocable respecto a todo exceso, insensible a toda maldad, atleta de la más excelsa lucha, lucha que se entabla para no ser abatido por ninguna pasión, impregnado a fondo de justicia, apegado, con toda su alma, a los acontecimientos y a todo lo que se le ha asignado; y raramente, a no ser por una gran necesidad y en vista al bien común, cavila lo que dice, hace o proyecta otra persona. Pondrá únicamente en práctica aquellas cosas que le corresponden, y

piensa sin cesar en lo que le pertenece, que ha sido hilado del conjunto; y mientras en lo uno cumple con su deber, en lo otro está convencido de que es bueno. Porque el destino asignado a cada uno está involucrado en el conjunto y al mismo tiempo lo involucra. Tiene también presente que todos los seres racionales están emparentados y que preocuparse de todos los hombres está de acuerdo con la naturaleza humana; pero no debe tenerse en cuenta la opinión de todos, sino sólo la de aquellos que viven conforme a la naturaleza. Y respecto a los que no viven así, prosigue recordando hasta el fin cómo son en casa y fuera de ella, por la noche y durante el día, y qué clase de gente frecuentan. En consecuencia, no toma en consideración el elogio de tales hombres que ni consigo mismo están satisfechos.

5. Ni actúes contra tu voluntad, ni de manera insociable, ni sin reflexión, ni arrastrado en sentidos opuestos. Con la afectación del léxico no trates de decorar tu pensamiento. Ni seas extremadamente locuaz, ni polifacético. Más aún, sea el dios que en ti reside protector y guía de un hombre venerable, ciudadano, romano y jefe que a sí mismo se ha asignado su puesto, cual sería un hombre que aguarda la llamada para dejar la vida, bien desprovisto de ataduras, sin tener necesidad de juramento ni tampoco de persona alguna en calidad de testigo. Habite en ti la serenidad, la ausencia de necesidad de ayuda externa y de la tranquilidad que procuran otros. Conviene, por consiguiente, mantenerse recto, no enderezado.

6. Si en el transcurso de la vida humana encuentras un bien superior a la justicia, a la verdad, a la moderación, a la valentía y, en suma, a tu inteligencia que se basta a sí

misma, en aquellas cosas en las que te facilita actuar de acuerdo con la recta razón, y de acuerdo con el destino en las cosas repartidas sin elección previa; si percibes, digo, un bien de más valía que ése, vuélvete hacia él con toda el alma y disfruta del bien supremo que descubras. Pero si nada mejor aparece que la propia divinidad que en ti habita, que ha sometido a su dominio los instintos particulares, que vigila las ideas y que, como decía Sócrates, se ha desprendido de las pasiones sensuales, que se ha sometido a la autoridad de los dioses y que preferentemente se preocupa de los hombres; si encuentras todo lo demás más pequeño y vil, no cedas terreno a ninguna otra cosa, porque una vez arrastrado e inclinado hacia ella, ya no serás capaz de estimar preferentemente y de continuo aquel bien que te es propio y te pertenece. Porque no es lícito oponer al bien de la razón y de la convivencia otro bien de distinto género, como, por ejemplo, el elogio de la muchedumbre, cargos públicos, riqueza o disfrute de placeres. Todas esas cosas, aunque parezcan momentáneamente armonizar con nuestra naturaleza, de pronto se imponen y nos desvían. Por tanto, reitero, elige sencilla y libremente lo mejor y persevera en ello. «Pero lo mejor es lo conveniente.» Si lo es para ti, en tanto que ser racional, obsérvalo. Pero si lo es para la parte animal, manifiéstalo y conserva tu juicio sin orgullo. Trata sólo de hacer tu examen de un modo seguro.

7. Nunca estimes como útil para ti lo que un día te forzará a transgredir el pacto, a renunciar al pudor, a odiar a alguien, a mostrarte receloso, a maldecir, a fingir, a desear algo que precisa⁴⁵ paredes y cortinas. Porque la persona que

⁴⁵ Es decir, «que precisa» ser, escondido.

prefiere, ante todo, su propia razón, su divinidad y los ritos del culto debido a la excelencia de ésta, no representa tragedias, no gime, no precisará soledad ni tampoco aglomeraciones de gente. Lo que es más importante: vivirá sin perseguir ni huir. Tanto si es mayor el intervalo de tiempo que va a vivir el cuerpo con el alma unido, como si es menor, no le importa en absoluto. Porque aun en el caso de precisar desprenderse de él, se irá tan resueltamente como si fuera a emprender cualquier otra de las tareas que pueden ejecutarse con discreción y decoro; tratando de evitar, en el curso de la vida entera, sólo eso, que su pensamiento se comporte de manera impropia de un ser dotado de inteligencia y sociable.

8. En el pensamiento del hombre que se ha disciplinado y purificado a fondo, nada purulento ni manchado ni mal cicatrizado podrías encontrar. Y no arrebatara el destino su vida incompleta, como se podría afirmar del actor que se retirara de escena antes de haber finalizado su papel y concluido la obra. Es más, nada esclavo hay en él, ninguna afectación, nada añadido, ni disociado, nada sometido a rendición de cuentas ni necesitado de escondrijo.

9. Venera la facultad intelectual. En ella radica todo, para que no se halle jamás en tu guía interior una opinión inconsecuente con la naturaleza y con la disposición del ser racional. Ésta, en efecto, garantiza la ausencia de precipitación, la familiaridad con los hombres y la conformidad con los dioses.

10. Desecha, pues, todo lo demás y conserva sólo unos pocos preceptos. Y además recuerda que cada uno vive exclusivamente el presente, el instante fugaz. Lo restante, o se

ha vivido o es incierto; insignificante es, por tanto, la vida de cada uno, e insignificante también el rinconcillo de la tierra donde vive. Pequeña es asimismo la fama póstuma, incluso la más prolongada, y ésta se da a través de una sucesión de hombrecillos que muy pronto morirán, que ni siquiera se conocen a sí mismos, ni tampoco al que murió tiempo ha.

11. A los consejos mencionados añádase todavía uno: delimitar o describir siempre la imagen que sobreviene, de manera que se la pueda ver tal cual es en esencia, desnuda, totalmente entera a través de todos sus aspectos, y pueda designarse con su nombre preciso y con los nombres de aquellos elementos que la constituyeron y en los que se desintegrará. Porque nada es tan capaz de engrandecer el ánimo, como la posibilidad de comprobar con método y veracidad cada uno de los objetos que se presentan en la vida, y verlos siempre de tal modo que pueda entonces comprenderse en qué orden encaja, qué utilidad le proporciona este objeto, qué valor tiene con respecto a su conjunto, y cuál en relación al ciudadano de la ciudad más excelsa, de la que las demás ciudades son como casas. Qué es, y de qué elementos está compuesto y cuánto tiempo es natural que perdure este objeto que provoca ahora en mí esta imagen, y qué virtud preciso respecto a él: por ejemplo, mansedumbre, coraje, sinceridad, fidelidad, sencillez, autosuficiencia, etc. Por esta razón debe decirse respecto a cada una: esto procede de Dios; aquello se da según el encañamiento de los hechos, según la trama compacta, según el encuentro casual y por azar. Esto procede de un ser de mi raza, de un pariente, de un colega que, no obstante, ignora lo que es para él acorde con la naturaleza. Pero yo no lo ignoro; por esta razón me relaciono con él, de acuer-

do con la ley natural propia de la comunidad, con benevolencia y justicia. Con todo, respecto a las cosas indiferentes, me decido conjeturando su valor.

12. Si ejecutas la tarea presente siguiendo la recta razón, diligentemente, con firmeza, con benevolencia y sin ninguna preocupación accesoria, antes bien, velas por la pureza de tu dios, como si fuera ya preciso restituirlo, si agregas esta condición de no esperar ni tampoco evitar nada, sino que te conformas con la actividad presente conforme a la naturaleza y con la verdad heroica en todo lo que digas y comentes, vivirás feliz. Y nadie será capaz de impedírtelo.

13. Del mismo modo que los médicos siempre tienen a mano los instrumentos de hierro para las curas de urgencia, así también, conserva tú a punto los principios fundamentales para conocer las cosas divinas y las humanas, y así llevarlo a cabo todo, incluso lo más insignificante, recordando la trabazón íntima y mutua de unas cosas con otras. Pues no llevarás a feliz término ninguna cosa humana sin relacionarla al mismo tiempo con las divinas, ni tampoco al revés.

14. No vagabundeas más. Porque ni vas a leer tus memorias, ni tampoco las gestas de los romanos antiguos y griegos, ni las selecciones de escritos que reservabas para tu vejez. Apresúrate, pues, al fin, y renuncia a las vanas esperanzas y acude en tu propia ayuda, si es que algo de ti mismo te importa, mientras te queda esa posibilidad.

15. Desconocen cuántas acepciones tienen los términos: robar, sembrar, comprar, vivir en paz, ver lo que se

debe hacer, cosa que no se consigue con los ojos, sino con una visión distinta.

16. Cuerpo, alma, inteligencia⁴⁶; propias del cuerpo, las sensaciones; del alma, los instintos; de la inteligencia, los principios. Recibir impresiones por medio de la imagen es propio también de las bestias, ser movido como un títere por los instintos corresponde también a las fieras, a los andrógynos⁴⁷, a Fálaris⁴⁸ y a Nerón. Pero tener a la inteligencia como guía hacia los deberes aparentes pertenece también a los que no creen en los dioses, a los que abandonan su patria y a los que obran a su placer⁴⁹, una vez han cerrado las puertas. Por tanto, si lo restante es común a los seres mencionados, resta como peculiar del hombre excelente amar y abrazar lo que le sobreviene y se entrelaza con él. Y el no confundir ni perturbar jamás al Dios que tiene la morada dentro de su pecho con una multitud de imágenes, antes bien, velar para conservarse propicio, sumiso, disciplinadamente al Dios, sin mencionar una palabra contraria a la verdad, sin hacer nada contrario a la justicia. Y si todos los hombres desconfían de

⁴⁶ La división tripartita de la persona es un tópico estoico, al que Marco Aurelio se refiere en varios lugares con pequeñas alteraciones de vocabulario. Aquí emplea *sōma*, *psychē* y *nous*, en II 2 ha usado *sarkía*, *pneumátion* y *tó hēgemonikón*, en XII 2 usa *sōmátion*, *pneumátion* y *nous*. Como se ve por el paralelismo y el contexto de este capítulo, *psychē* tiene el sentido de «espíritu vital», común a hombres y animales, equivalente al hálito de la vida, el *pneumátion* de otros pasajes. La traducción de «alma» con que vertemos, al modo tradicional, el término griego no debe confundir al lector. Ese sentido biológico de *psychē* es el más antiguo, ya homérico, en griego.

⁴⁷ Es decir, «afeminados».

⁴⁸ Fálaris, tirano célebre por su crueldad.

⁴⁹ Existe una laguna en el texto. Gataker suple ⟨*hotioun*⟩, que en nuestra traducción recogemos siguiendo a Farquharson.

él, de que vive con sencillez, modestia y buen ánimo, no por ello se molesta con ninguno, ni se desvía del camino trazado que le lleva al fin de su vida, objetivo hacia el cual debe encaminarse, puro, tranquilo, liberado, sin violencias y en armonía con su propio destino.

LIBRO IV

1. El dueño interior, cuando está de acuerdo con la naturaleza, adopta, respecto a los acontecimientos, una actitud tal que siempre, y con facilidad, puede adaptarse a las posibilidades que se le dan. No tiene predilección por ninguna materia determinada, sino que se lanza instintivamente ante lo que se le presenta, con prevención, y convierte en materia para sí incluso lo que le era obstáculo; como el fuego, cuando se apropia de los objetos que caen sobre él, bajo los que una pequeña llama se habría apagado. Pero un fuego resplandeciente con gran rapidez se familiariza con lo que se le arroja encima y lo consume totalmente levantándose a mayor altura con estos nuevos escombros.

2. Ninguna acción debe emprenderse al azar ni de modo divergente a la norma consagrada por el arte.

3. Se buscan retiros en el campo, en la costa y en el monte. Tú también sueles anhelar tales retiros. Pero todo eso es de lo más vulgar, porque puedes, en el momento que te apetezca, retirarte en ti mismo. En ninguna parte un hombre se retira con mayor tranquilidad y más calma que en su propia alma; sobre todo aquel que posee en su interior tales bienes, que si se inclina hacia ellos, de inmediato consigue una tran-

quilidad total. Y denomino tranquilidad única y exclusivamente al buen orden. Concédete, pues, sin pausa, este retiro y recupérate. Sean breves y elementales los principios que, tan pronto los hayas localizado, te bastarán para recluirte en toda tu alma y para enviarte de nuevo, sin enojo, a aquellas cosas de la vida ante las que te retiras. Porque, ¿contra quién te enojas? ¿Contra la ruindad de los hombres? Reconsidera este juicio: los seres racionales han nacido el uno para el otro, la tolerancia es parte de la justicia, sus errores son involuntarios. Reconsidera también cuántos, declarados ya enemigos, sospechosos u odiosos, atravesados por la lanza, están tendidos, reducidos a ceniza. Modérate de una vez. Pero, ¿estás molesto por el lote que se te asignó? Rememora la disyuntiva «o una providencia o átomos», y gracias a cuántas pruebas se ha demostrado que el mundo es como una ciudad. Pero, ¿te apresarán todavía las cosas corporales? Date cuenta de que el pensamiento no se mezcla con el hálito vital que se mueve suave o violentamente, una vez que se ha recuperado y ha comprendido su peculiar poder, y finalmente ten presente cuanto has oído y aceptado respecto al pesar y al placer. ¿Acaso te arrasará la vanagloria? Dirige tu mirada a la prontitud con que se olvida todo y al abismo del tiempo infinito por ambos lados, a la vaciedad del eco, a la versatilidad e irreflexión de los que dan la impresión de elogiarte, a la angostura del lugar en que se circunscribe la gloria. Porque la tierra entera es un punto y de ella, ¿cuánto ocupa el rinconcillo que habitamos? Y allí, ¿cuántos y qué clase de hombres te elogiarán? Te resta, pues, tenlo presente, el refugio que se halla en este diminuto campo de ti mismo. Y por encima de todo, no te atormentes ni te esfuerces en demasía; antes bien, sé hombre libre y mira las cosas como varón, como hombre, como ciudadano, como ser mortal. Y entre las máximas que tendrás a mano y hacia las

que te inclinarás, figuren estas dos: una, que las cosas no alcanzan al alma, sino que se encuentran fuera, desprovistas de temblor, y las turbaciones surgen de la única opinión interior. Y la segunda, que todas esas cosas que estás viendo, pronto se transformarán y ya no existirán. Piensa también constantemente de cuántas transformaciones has sido ya por casualidad testigo. «El mundo, alteración; la vida, opinión»⁵⁰.

4. Si la inteligencia nos es común, también la razón, según la cual somos racionales, nos es común. Admitido eso, la razón que ordena lo que debe hacerse o evitarse, también es común. Concedido eso, también la ley es común. Convenido eso, somos ciudadanos. Aceptado eso, participamos de una ciudadanía. Si eso es así, el mundo es como una ciudad. Pues, ¿de qué otra común ciudadanía se podrá afirmar que participa todo el género humano? De allí, de esta común ciudad, proceden tanto la inteligencia misma como la razón y la ley. O ¿de dónde? Porque al igual que la parte de tierra que hay en mí ha sido desgajada de cierta tierra, la parte húmeda, de otro elemento, la parte que infunde vida, de cierta fuente, y la parte cálida e ígnea de una fuente particular (pues nada viene de la nada, como tampoco nada desemboca en lo que no es), del mismo modo también la inteligencia procede de alguna parte.

5. La muerte, como el nacimiento, es un misterio de la naturaleza, combinación de ciertos elementos (y disolución)⁵¹ en ellos mismos. Y en suma, nada se da en ella por lo que uno podría sentir vergüenza, pues no es la muerte

⁵⁰ DEMÓCRITO, fr. 115 D.

⁵¹ Existe en el texto una laguna. Conjetura de Gataker *kai diálysis*. Farquharson escribe *lýsis*. En la traducción recogemos la conjetura de Farquharson.

contraria a la condición de un ser inteligente ni tampoco a la lógica de su constitución.

6. Es natural que estas cosas se produzcan necesariamente así a partir de tales hombres. Y el que así no lo acepta, pretende que la higuera no produzca su zumo. En suma, recuerda que dentro de brevísimo tiempo, tú y ése habréis muerto, y poco después, ni siquiera vuestro nombre perdurará.

7. Destruye la sospecha y queda destruido lo de «se me ha dañado»; destruye la queja de «se me ha dañado» y destruido queda el daño.

8. Lo que no deteriora al hombre, tampoco deteriora su vida y no le daña ni externa ni internamente.

9. La naturaleza de lo útil está obligada a producir eso.

10. «Que todo lo que acontece, justamente acontece.» Lo constatarás, si prestas la debida atención. No digo sólo que acontece consecuentemente, sino también según lo justo e incluso como si alguien asignara la parte correspondiente según el mérito. Sigue, pues, observando como al principio, y lo que hagas, hazlo con el deseo de ser un hombre cabal, de acuerdo con el concepto estricto del hombre cabal. Conserva esta norma en toda actuación.

11. No consideres las cosas tal como las juzga el hombre insolente o como quiere que las juzgues; antes bien, examínalas tal como son en realidad.

12. Hay que tener siempre a punto estas dos disposiciones: una, la de ejecutar exclusivamente aquello que la razón de tu potestad real y legislativa te sugiera para favorecer a los hombres; otra, la de cambiar de actitud, caso de que alguien se presente a corregirte y disuadirte de alguna de tus

opiniones. Sin embargo, preciso es que esta nueva orientación tenga siempre su origen en cierta convicción de justicia o de interés a la comunidad y los motivos inductores deben tener exclusivamente tales características, no lo que parezca agradable o popular.

13. «¿Tienes razón?» «Tengo.» «¿Por qué, pues, no la utilizas?» «Pues si esto ya lo demuestra por sí solo, ¿qué más quieres?»

14. Subsistes como parte. Te desvanecerás en lo que te engendró; o mejor dicho, serás reasumido, mediante un proceso de transformación, dentro de tu razón generatriz.

15. Muchos pequeños granos de incienso se encuentran sobre el mismo altar; uno se consumió antes, el otro más tarde; y nada importa la diferencia.

16. Dentro de diez días les parecerás un dios, a quienes das la impresión ahora de ser una bestia y un mono, si vuelves de nuevo a los principios y a la veneración de la razón.

17. No actúes en la idea de que vas a vivir diez mil años. La necesidad ineludible pende sobre ti. Mientras vives, mientras es posible, sé virtuoso.

18. Cuánto tiempo libre gana el que no mira qué dijo, hizo o pensó el vecino, sino exclusivamente qué hace él mismo, a fin de que su acción sea justa, santa o enteramente buena. No dirijas la mirada a negros caracteres, sino corre directo hacia la línea de meta, sin desviarte.

19. El hombre que se desvive por la gloria póstuma no se imagina que cada uno de los que se han acordado de él morirá también muy pronto; luego, a su vez, morirá el que le ha sucedido, hasta extinguirse todo su recuerdo en un

avance progresivo a través de objetos que se encienden y se apagan. Mas suponte que son incluso inmortales los que de ti se acordarán, e inmortal también tu recuerdo. ¿En qué te afecta esto? Y no quiero decir que nada en absoluto le afecta al muerto, sino que al vivo, ¿qué le importa el elogio? A no ser en algún caso, por cierta ventaja para la administración. Abandonas, pues, ahora, inoportunamente el don de la naturaleza que depende de una razón distinta...⁵².

20. Por lo demás, todo lo que es bello en cierto modo, bello es por sí mismo, y termina en sí mismo sin considerar el elogio como parte de sí mismo. En consecuencia, ni se empeora ni se mejora el objeto que se alaba. Afirmo esto incluso tratándose de cosas que bastante comúnmente se denominan bellas, como, por ejemplo, los objetos materiales y los objetos fabricados. Lo que en verdad es realmente bello, ¿de qué tiene necesidad? No más que la ley, la verdad, la benevolencia o el pudor. ¿Cuál de estas cosas es bella por el hecho de ser alabada o se destruye por ser criticada? ¿Se deteriora la esmeralda porque no se la elogie? ¿Y qué decir del oro, del marfil, de la púrpura, de la lira, del puñal, de la florecilla, del arbusto?

21. Si las almas perduran, ¿cómo, desde la eternidad, consigue el aire darles cabida? ¿Y cómo la tierra es capaz de contener los cuerpos de los que vienen enterrándose desde tantísimo tiempo? Pues al igual que aquí, después de⁵³ cierta permanencia, la transformación y disolución de estos cuerpos cede el sitio a otros cadáveres, así también las almas trasladadas a los aires, después de un período de resi-

⁵² Probablemente hay una laguna en el texto, un tanto confuso.

⁵³ Aceptamos la corrección de Gataker.

dencia allí, se transforman, se dispersan y se inflaman reasumidas en la razón generatriz del conjunto, y, de esta manera, dejan sitio a las almas que viven en otro lugar. Esto podría responderse en la hipótesis de la supervivencia de las almas. Y conviene considerar no sólo la multitud de cuerpos que así se entierran, sino también la de los animales que cotidianamente comemos e incluso el resto de seres vivos. Pues, ¡cuán gran número es consumido y, en cierto modo, es sepultado en los cuerpos de los que con ellos se alimentan! Y, sin embargo, tienen cabida porque se convierten en sangre, se transforman en aire y fuego. ¿Cómo investigar la verdad sobre este punto? Mediante la distinción entre la causa material y la formal⁵⁴.

22. No te dejes zarandear; por el contrario, en todo impulso, corresponde con lo justo, y en toda fantasía, conserva la facultad de comprender.

23. Armoniza conmigo todo lo que para ti es armonioso, ¡oh, mundo! Ningún tiempo oportuno para ti es prematuro ni tardío para mí. Es fruto para mí todo lo que producen tus estaciones, oh naturaleza. De ti procede todo, en ti reside todo, todo vuelve a ti. Aquél⁵⁵ dice: «¡Querida ciudad de Cécrope!» ¿Y tú no dirás: «¡Ah, querida ciudad de Zeus!»?

24. «Abarca pocas actividades, dice⁵⁶, si quieres mantener el buen humor.» ¿No sería mejor hacer lo necesario y todo cuanto prescribe, y de la manera que lo prescribe, la razón del ser sociable por naturaleza?⁵⁷. Porque este procedimiento

⁵⁴ Distinción propia de la doctrina estoica.

⁵⁵ ARISTÓFANES, fr. 110.

⁵⁶ Pensamiento de Demócrito, cf. DEMÓCRITO, fr. 3 D. Cf. PLUT., *De Tranquillitate* 465 e, y ESTOBEO, III 651 y IV 907.

⁵⁷ ARISTÓTELES, *Pol.* 1253 a 2.

no sólo procura buena disposición de ánimo para obrar bien, sino también el optimismo que proviene de estar poco ocupado. Pues la mayor parte de las cosas que decimos y hacemos, al no ser necesarias, si se las suprimiese reportarían bastante más ocio y tranquilidad. En consecuencia, es preciso recapacitar personalmente en cada cosa: ¿No estará esto entre lo que no es necesario? Y no sólo es preciso eliminar las actividades innecesarias, sino incluso las imaginaciones. De esta manera, dejarán de acompañarlas actividades superfluas.

25. Comprueba cómo te sienta la vida del hombre de bien que se contenta con la parte del conjunto que le ha sido asignada y que tiene suficiente con su propia actividad justa y con su benévola disposición.

26. ¿Hasta visto aquello? Ve también eso. No te aturdas. Muéstrate sencillo. ¿Yerra alguien? Yerra consigo mismo. ¿Te ha acontecido algo? Está bien. Todo lo que te sucede estaba determinado por el conjunto desde el principio y estaba tramado. En suma, breve es la vida. Debemos aprovechar el presente con buen juicio y justicia. Sé sobrio en relajarte.

27. O un mundo ordenado, o una mezcla confusa muy revuelta, pero sin orden. ¿Es posible que exista en ti cierto orden y, en cambio, en el todo desorden, precisamente cuando todo está tan combinado, ensamblado y solidario?

28. Carácter sombrío, carácter mujeril, carácter terco, feroz, brutal, pueril, indolente, falso, bufón, traficante, tiránico.

29. Si extraño al mundo es quien no conoce lo que en él hay, no menos extraño es también quien no conoce lo que en él acontece. Desterrado es el que huye de la razón social;

ciego el que tiene cerrados los ojos de la inteligencia; mendigo el que tiene necesidad de otro y no tiene junto a sí todo lo que es necesario para vivir. Absceso del mundo el que renuncia y se aparta de la razón de la común naturaleza por el hecho de que está contrariado con lo que le acontece; pues produce eso aquella naturaleza que también a ti te produjo. Es un fragmento de la ciudad, el que separa su alma particular de la de los seres racionales, pues una sola es el alma.

30. El uno, sin túnica, vive como filósofo; el otro, sin libro; aquel otro, semidesnudo. «No tengo pan», dice, «pero persevero en la razón». Y yo tengo los recursos que proporcionan los estudios y no persevero⁵⁸.

31. Ama, admite el pequeño oficio que aprendiste; y pasa el resto de tu vida como persona que has confiado, con toda tu alma, todas tus cosas a los dioses, sin convertirte en tirano ni en esclavo de ningún hombre.

32. Piensa, por ejemplo, en los tiempos de Vespasiano. Verás siempre las mismas cosas⁵⁹: personas que se casan, crían hijos, enferman, mueren, hacen la guerra, celebran fiestas, comercian, cultivan la tierra, adulan, son orgullosos, recelan, conspiran, desean que algunos mueran, murmuran contra la situación presente, aman, atesoran, ambicionan los consulados, los poderes reales. Pues bien, la vida de aquéllos ya no existe en ninguna parte. Pasa de nuevo ahora a los tiempos de Trajano: nos encontraremos con idéntica situación; también aquel vivir ha fenecido. De igual modo con-

⁵⁸ Traducimos de acuerdo con la corrección de A. I. Trannoy que sitúa la negación modificando a «persevero» y no a «tengo».

⁵⁹ Corrección de Gataker.

templa también y dirige la mirada al resto de documentos de los tiempos y de todas las naciones; cuántos, tras denodados esfuerzos, cayeron poco después y se desintegraron en sus elementos. Y especialmente debes reflexionar sobre aquellas personas que tú mismo viste esforzarse en vano, y olvidaban hacer lo acorde con su particular constitución: perseverar sin descanso en esto y contentarse con esto. De tal modo es necesario tener presente que la atención adecuada a cada acción tiene su propio valor y proporción. Pues así no te desanimarás, a no ser que ocupes más tiempo del apropiado en tareas bastante nimias.

33. Las palabras, antaño familiares, son ahora locuciones caducas. Lo mismo ocurre con los nombres de personas, que muy celebrados en otros tiempos, son ahora, en cierto modo, locuciones caducas: Camilo, Cesón, Voleso, Leonato⁶⁰; y, poco después, también Escipión y Catón; luego, también Augusto; después, Adriano y Antonino. Todo se extingue y poco después se convierte en legendario. Y bien pronto ha caído en un olvido total. Y me refiero a los que, en cierto modo, alcanzaron sorprendente relieve; porque los demás, desde que expiraron, son desconocidos, no mentados⁶¹. Pero, ¿qué es, en suma, el recuerdo sempiterno? Vaciedad total. ¿Qué es, entonces, lo que debe impulsar nuestro afán? Tan sólo eso: un pensamiento justo, unas actividades consagradas al bien común, un lenguaje incapaz de engañar, una disposición para abrazar todo lo que acontece, como

⁶⁰ Camilo, célebre dictador que salvó a Roma de los galos; Cesón Fabio, jefe de los trescientos Fabios; Voleso, jefe sabino; Leonato, posiblemente Dentato, vencedor de Pirro.

⁶¹ HOMERO, *Od.* I 241 y s.

necesario, como familiar, como fluyente del mismo principio y de la misma fuente.

34. Confiate gustosamente a Cloto⁶² y déjala tejer la trama con los sucesos que quiera.

35. Todo es efímero: el recuerdo y el objeto recordado.

36. Contempla de continuo que todo nace por transformación, y habitúate a pensar que nada ama tanto la naturaleza del conjunto como cambiar las cosas existentes y crear nuevos seres semejantes. Todo ser, en cierto modo, es semilla del que de él surgirá. Pero tú sólo te imaginas las semillas que se echan en tierra o en una matriz. Y eso es ignorancia excesiva.

37. Estarás muerto en seguida, y aún no eres ni sencillo ni imperturbable, ni andas sin recelo de que puedan dañarte desde el exterior, ni tampoco eres benévolo para con todos, ni cifras la sensatez en la práctica exclusiva de la justicia.

38. Examina con atención sus guías interiores e indaga qué evitan los sabios y qué persiguen.

39. No consiste tu mal en un guía interior ajeno ni tampoco en una variación y alteración de lo que te circunda. ¿En qué, pues? En aquello en ti que opina sobre los males. Por tanto, que no opine esa parte y todo va bien. Y aun en el caso de que su más cercano vecino, el cuerpo, sea cortado, quemado, alcanzado por el pus o podrido, permanezca con todo tranquila la pequeña parte que sobre eso opina, es decir, no juzgue ni malo ni bueno lo que igualmente puede acontecer a un hombre malo y a uno bueno. Porque lo que

⁶² Cloto, una de las tres Parcas.

acontece tanto al que vive conforme a la naturaleza como al que vive contra ella, eso ni es conforme a la naturaleza ni contrario a ella.

40. Concibe sin cesar el mundo como un ser viviente único, que contiene una sola sustancia y un alma única, y cómo todo se refiere a una sola facultad de sentir, la suya, y cómo todo lo hace con un solo impulso, y cómo todo es responsable solidariamente de todo lo que acontece, y cuál es la trama y contextura.

41. «Eres una pequeña alma que sustenta un cadáver», como decía Epicteto⁶³.

42. Ningún mal acontece a lo que está en curso de transformación, como tampoco ningún bien a lo que nace a consecuencia de un cambio.

43. El tiempo es un río⁶⁴ y una corriente impetuosa de acontecimientos. Apenas se deja ver cada cosa, es arrastrada; se presenta otra, y ésta también va a ser arrastrada.

44. Todo lo que acontece es tan habitual y bien conocido como la rosa en primavera y los frutos en verano; algo parecido ocurre con la enfermedad, la muerte, la difamación, la conspiración y todo cuanto alegra o aflige a los necios.

45. Las consecuencias están siempre vinculadas con los antecedentes; pues no se trata de una simple enumeración aislada y que contiene tan sólo lo determinado por la necesidad, sino de una combinación racional. Y al igual que las

⁶³ EPICTETO, fr. 26 SCHENKL. Cf. MARCO AURELIO, IX 24. La idea es ya platónica; cf. PLATÓN, *Crat.* 400 A.

⁶⁴ Cf. HERÁCLITO, fr. 49 a D, y PLATÓN, *Crat.* 402 A.

cosas que existen tienen una coordinación armónica, así también los acontecimientos que se producen manifiestan no una simple sucesión, sino cierta admirable afinidad.

46. Tener siempre presente la máxima de Heráclito: «La muerte de la tierra es convertirse en agua, la muerte del agua es convertirse en aire, la muerte del aire es convertirse en fuego, e inversamente»⁶⁵. Y recordar también lo del que olvida adónde conduce el camino⁶⁶. Y asimismo que «con aquello que más frecuente trato tienen, a saber, con la razón que gobierna el conjunto del universo, con esto disputan, y les parecen extrañas las cosas que a diario les suceden»⁶⁷. Y además: «No hay que actuar y hablar como durmiendo», pues también entonces nos parece que actuamos y hablamos⁶⁸. Y que «no hay que ser como hijos de los padres»⁶⁹, es decir, aceptar las cosas de forma simple, como las has heredado.

47. Como si un dios te hubiese dicho: «Mañana morirás o, en todo caso, pasado mañana», no habrías puesto mayor empeño en morir pasado mañana que mañana, a menos que fueras extremadamente vil. (Porque, ¿cuánta es la diferencia?) De igual modo, no consideres de gran importancia morir al cabo de muchos años en vez de mañana.

⁶⁵ HERÁCLITO, fr. 76 D.

⁶⁶ HERÁCLITO, fr. 71 D. Cf. también el fr. 117 D y MARCO AURELIO, VI 22.

⁶⁷ HERÁCLITO, fr. 72 D.

⁶⁸ HERÁCLITO, fr. 73 D.

⁶⁹ HERÁCLITO, fr. 74 D. A. I. Trannoy añade en el aparato crítico «*tektōnōn*» y traduce «como hijos de artesanos». En nuestra traducción seguimos la lectura de Farquharson; cf. FARQUHARSON, *o. c.*, pág. 70, y t. II, pág. 632.

48. Considera sin cesar cuántos médicos han muerto después de haber fruncido el ceño repetidas veces sobre sus enfermos; cuántos astrólogos, después de haber vaticinado, como hecho importante, la muerte de otros; cuántos filósofos, después de haber sostenido innumerables discusiones sobre la muerte o la inmortalidad; cuántos jefes, después de haber dado muerte a muchos; cuántos tiranos, tras haber abusado, como si fueran inmortales, con tremenda arrogancia, de su poder sobre vidas ajenas, y cuántas ciudades enteras, por así decirlo, han muerto: Hélice⁷⁰, Pompeya, Herculano y otras incontables. Remóntate también, uno tras otro, a todos cuantos has conocido. Éste, después de haber tributado los honores fúnebres a aquél, fue sepultado seguidamente por otro; y así sucesivamente. Y todo en poco tiempo. En suma, examina siempre las cosas humanas como efímeras y carentes de valor: ayer, una moquita; mañana, momia o ceniza. Por tanto, recorre este pequeñísimo lapso de tiempo obediente a la naturaleza y acaba tu vida alegremente, como la aceituna que, llegada a la sazón, caería elogiando a la tierra que la llevó a la vida y dando gracias al árbol que la produjo.

49. Ser igual que el promontorio contra el que sin interrupción se estrellan las olas. Éste se mantiene firme, y en tomo a él se adormece la espuma del oleaje. «¡Desdichado de mí, porque me aconteció eso!» Pero no, al contrario: «Soy afortunado, porque, a causa de lo que me ha ocurrido, persisto hasta el fin sin aflicción, ni abrumado por el

⁷⁰ Hélice, antigua ciudad de Acaya, que fue engullida por el mar el año 373 a. C. Pompeya y Herculano, ciudades de la Campania, que fueron destruidas por la erupción del Vesubio el año 79 d. C.

presente ni asustado por el futuro.» Porque algo semejante pudo acontecer a todo el mundo, pero no todo el mundo hubiera podido seguir hasta el fin, sin aflicción, después de eso. ¿Y por qué, entonces, va a ser eso un infortunio más que esto buena fortuna? ¿Acaso denominas, en suma, desgracia de un hombre a lo que no es desgracia de la naturaleza del hombre? ¿Y te parece aberración de la naturaleza humana lo que no va contra el designio de su propia naturaleza? ¿Por qué, pues? ¿Has aprendido tal designio? ¿Te impide este suceso ser justo, magnánimo, sensato, prudente, reflexivo, sincero, discreto, libre, etc., conjunto de virtudes con las cuales la naturaleza humana contiene lo que le es peculiar? Acuérdate, a partir de ahora, en todo suceso que te induzca a la aflicción, de utilizar este principio: no es eso un infortunio, sino una dicha soportarlo con dignidad.

50. Remedio sencillo, pero con todo eficaz, para menospreciar la muerte es recordar a los que se han apegado con tenacidad a la vida. ¿Qué más tienen que los que han muerto prematuramente? En cualquier caso yacen en alguna parte Cadiciano⁷¹, Fabio, Juliano, Lépido y otros como ellos, que a muchos llevaron a la tumba, para ser también ellos llevados después. En suma, pequeño es el intervalo de tiempo; y ése, ¡a través de cuántas fatigas, en compañía de qué tipo de hombres y en qué cuerpo se agota! Luego no lo tengas por negocio. Mira detrás de ti el abismo de la eternidad y delante de ti otro infinito. A la vista de eso,

⁷¹ Cadiciano, Fabio y Juliano eran nombres muy corrientes y lógicamente resulta difícil su identificación. Lépido, posiblemente se trate del triunviro.

¿en qué se diferencian el niño que ha vivido tres días y el que ha vivido tres veces más que Gereneo?⁷².

51. Corre siempre por el camino más corto, y el más corto es el que discurre de acuerdo con la naturaleza. En consecuencia, habla y obra en todo de la manera más sana, pues tal propósito⁷³ libera de las aflicciones, de la disciplina militar, de toda preocupación administrativa y afectación.

⁷² Néstor, famoso por su larga vida. En la *Iliada* se jacta de haber conocido a tres generaciones de guerreros. Cf. HOMERO, *Iliada* I 262.

⁷³ Texto corrupto. El sentido global del pasaje se entiende bien sin introducir modificaciones.

LIBRO V

1. Al amanecer, cuando de mala gana y perezosamente despiertes, acuda puntual a ti este pensamiento: «Despierto para cumplir una tarea propia de hombre.» ¿Voy, pues, a seguir disgustado, si me encamino a hacer aquella tarea que justifica mi existencia y para la cual he sido traído al mundo? ¿O es que he sido formado para calentarme, reclinado entre pequeños cobertores? «Pero eso es más agradable.» ¿Has nacido, pues, para deleitarte? Y, en suma, ¿has nacido para la pasividad o para la actividad? ¿No ves que los arbustos, los pajarillos, las hormigas, las arañas, las abejas, cumplen su función propia, contribuyendo por su cuenta al orden del mundo? Y tú entonces, ¿rehúsas hacer lo que es propio del hombre? ¿No persigues con ahínco lo que está de acuerdo con tu naturaleza? «Mas es necesario también reposar.» Lo es; también yo lo mantengo. Pero también la naturaleza ha marcado límites al reposo, como también ha fijado límites en la comida y en la bebida, y a pesar de eso, ¿no superas la medida, excediéndote más de lo que es suficiente? Y en tus acciones no sólo no cumples lo suficiente, sino que te quedas por debajo de tus posibilidades. Por consiguiente, no te amas a ti mismo, porque ciertamente en aquel caso amarías tu naturaleza y su propósito. Otros, que aman

su profesión, se consumen en el ejercicio del trabajo idóneo, sin lavarse y sin comer. Pero tú estimas menos tu propia naturaleza que el cincelador su cincel, el danzarín su danza, el avaro su dinero, el presuntuoso su vanagloria. Éstos, sin embargo, cuando sienten pasión por algo, ni comer ni dormir quieren antes de haber contribuido al progreso de aquellos objetivos a los que se entregan. Y a ti, ¿te parecen las actividades comunitarias desprovistas de valor y merecedoras de menor atención?

2. ¡Cuán fácil es rechazar y borrar toda imaginación molesta o impropia, e inmediatamente encontrarse en una calma total!

3. Júzgate digno de toda palabra y acción acorde con la naturaleza; y no te desvíe de tu camino la crítica que algunos suscitarán o su propósito; por el contrario, si está bien haber actuado y haber hablado, no te consideres indigno. Pues aquéllos tienen su guía particular y se valen de su particular inclinación. Mas no codicies tú esas cosas; antes bien, atraviesa el recto camino consecuente con tu propia naturaleza y con la naturaleza común; pues el camino de ambas es único.

4. Camino siguiendo las sendas acordes con la naturaleza, hasta caer y al fin descansar, expirando en este aire que respiro cada día y cayendo en esta tierra de donde mi padre recogió la semilla, mi madre la sangre y mi nodriza la leche; de donde, cada día, después de tantos años, me alimento y refresco, que me sostiene, mientras camino, y que me aprovecha de tantas maneras.

5. «No pueden admirar tu perspicacia.» Está bien. Pero existen otras muchas cualidades sobre las que no puedes de-

cir: «No tengo dotes naturales.» Procúrate, pues, aquellas que están enteramente en tus manos: la integridad, la gravedad, la resistencia al esfuerzo, el desprecio a los placeres, la resignación ante el destino, la necesidad de pocas cosas, la benevolencia, la libertad, la sencillez, la austeridad, la magnanimidad. ¿No te das cuenta de cuántas cualidades puedes procurarte ya, respecto a las cuales ningún pretexto tienes de incapacidad natural ni de insuficiente aptitud? Con todo, persistes todavía por propia voluntad por debajo de tus posibilidades. ¿Acaso te ves obligado a refunfuñar, a ser mezquino, a adular, a echar las culpas a tu cuerpo, a complacerte, a comportarte atolondradamente, a tener tu alma tan inquieta a causa de tu carencia de aptitudes naturales? No, por los dioses. Tiempo ha que pudiste estar libre de estos defectos, y tan sólo ser acusado tal vez de excesiva lentitud y torpeza de comprensión. Pero también esto es algo que debe ejercitarse, sin menospreciar la lentitud ni complacerse en ella.

6. Existe cierto tipo de hombre que, cuando ha hecho un favor a alguien, está dispuesto también a cargarle en cuenta el favor; mientras que otra persona no está dispuesta a proceder así. Pero, con todo, en su interior, le considera como si fuera un deudor y es consciente de lo que ha hecho. Un tercero ni siquiera, en cierto modo, es consciente de lo que ha hecho, sino que es semejante a una vid que ha producido racimos y nada más reclama después de haber producido el fruto que le es propio, como el caballo que ha corrido, el perro que ha seguido el rastro de la pieza o la abeja que ha producido miel. Así, el hombre que hizo un favor, no persigue un beneficio, sino que lo cede a otro, del mismo modo que la vid se aplica a producir nuevos racimos a su debido

tiempo. Luego, ¿es preciso encontrarse entre los que proceden así, en cierto modo, inconscientemente? «Sí, pero hay que darse cuenta de esto mismo; porque es propio del ser sociable, manifiesta, darse cuenta de que obra de acuerdo y conforme al bien común, y, ¡por Zeus!, lo es también querer que su asociado se dé cuenta.» Ciertamente es lo que dices, pero tergiversas lo que acabo de decir. Por ello tú serás uno de aquellos de los que anteriormente hice mención, pues aquellos también se dejan extraviar por cierta verosimilitud lógica. Y si intentas comprender el sentido de mis palabras, no temas por eso omitir cualquier acción útil a la sociedad.

7. Súplica de los atenienses: «Envíanos la lluvia, envíanos la lluvia, Zeus amado, sobre nuestros campos de cultivo y llanuras.» O no hay que rezar, o hay que hacerlo así, con sencillez y espontáneamente.

8. Como suele decirse: «Asclepio le ordenó la equitación, los baños de agua fría, el caminar descalzo», de modo similar también eso: «La naturaleza universal ha ordenado para éste una enfermedad o una mutilación o una pérdida de un órgano o alguna otra cosa semejante.» Pues allí el término «ordenó» significa algo así como: «te ha prescrito este tratamiento como apropiado para recobrar la salud». Y aquí: «lo que sucede a cada uno le ha sido, en cierto modo, asignado como correspondiente a su destino». Así también nosotros decimos que lo que nos acontece nos conviene, al igual que los albañiles suelen decir que en las murallas o en las pirámides las piedras cuadrangulares se ensamblan unas con otras armoniosamente según determinado tipo de combinación. En resumen, armonía no hay más que una, y del mismo modo que el mundo, cuerpo de tales dimensiones, se

complementa con los cuerpos, así también el Destino, causa de tales dimensiones, se complementa con todas las causas. E incluso, los más ignorantes comprenden mis palabras. Pues dicen: «esto le deparaba el Destino». Por consiguiente, esto le era llevado y esto le era asignado. Aceptemos, pues, estos sucesos como las prescripciones de Asclepio. Muchas son, en efecto, entre aquéllas, duras, pero las abrazamos con la esperanza de la salud. Ocasione en ti impresión semejante el cumplimiento y consumación de lo que decide la naturaleza común, como si se tratara de tu propia salud. Y del mismo modo abraza también todo lo que acontece, aunque te parezca duro, porque conduce a aquel objetivo, a la salud del mundo, al progreso y bienestar de Zeus. Pues no habría deparado algo así a éste, de no haber importado al conjunto; porque la naturaleza, cualquiera que sea, nada produce que no se adapte al ser gobernado por ella. Por consiguiente, conviene amar lo que te acontece por dos razones: Una, porque para ti se hizo, y a ti se te asignó y, en cierto modo, a ti estaba vinculado desde arriba, encadenado por causas muy antiguas; y en segundo lugar, porque lo que acontece a cada uno en particular es causa del progreso, de la perfección y ¡por Zeus! de la misma continuidad de aquel que gobierna el conjunto del universo. Pues queda mutilado el conjunto entero, caso de ser cortada, aunque mínimamente, su conexión y continuidad, tanto de sus partes como de sus causas. Y, en efecto, quiebras dicha trabazón, en la medida que de ti depende, siempre que te disgustas y, en cierto modo, la destruyes.

9. No te disgustes, ni desfallezcas, ni te impacientes, si no te resulta siempre factible actuar de acuerdo con rectos principios. Por el contrario, cuando has sido rechazado, re-

emprende la tarea con renovado ímpetu y date por satisfecho si la mayor parte de tus acciones son bastante más humanas y ama aquello a lo que de nuevo encaminas tus pasos, y no retournes a la filosofía como a un maestro de escuela, sino como los que tienen una dolencia en los ojos se encaminan a la esponjita y al huevo⁷⁴, como otro acude a la cataplasma, como otro a la loción. Pues así no pondrás de manifiesto tu sumisión a la razón, sino que reposarás en ella. Recuerda también que la filosofía sólo quiere lo que tu naturaleza quiere, mientras que tú querías otra cosa no acorde con la naturaleza. Porque, ¿qué cosa es más agradable que esto?, ¿no nos seduce el placer por su atractivo? Mas examina si es más agradable la magnanimidad, la libertad, la sencillez, la benevolencia, la santidad. ¿Existe algo más agradable que la propia sabiduría, siempre que consideres que la estabilidad y el progreso proceden en todas las circunstancias de la facultad de la inteligencia y de la ciencia?

10. Las cosas se hallan, en cierto modo, en una envoltura tal, que no pocos filósofos, y no unos cualquiera, han creído que son absolutamente incomprensibles; es más, incluso los mismos estoicos las creen difíciles de comprender. Todo asentimiento nuestro está expuesto a cambiar; pues, ¿dónde está el hombre que no cambia? Pues bien, encamina tus pasos a los objetos sometidos a la experiencia; ¡cuán efímeros son, sin valor y capaces de estar en posesión de un libertino, de una prostituta o de un pirata! A continuación, pasa a indagar el carácter de los que contigo viven: a duras penas se puede soportar al más agradable de éstos, por no decir que incluso a sí mismo se soporta uno con dificultad.

⁷⁴ Sobre el uso y la eficacia de esta práctica curativa, cf. PLINIO, *Historia natural* XXIX 3.

Así pues, en medio de tal oscuridad y suciedad, y de tan gran flujo de la sustancia y del tiempo, del movimiento y de los objetos movidos, no concibo qué cosa puede ser especialmente estimada o, en suma, objeto de nuestros afanes. Por el contrario, es preciso exhortarse a sí mismo y esperar la desintegración natural, y no inquietarse por su demora, sino calmarse con estos únicos principios: uno, que nada me ocurrirá no acorde con la naturaleza del conjunto; y otro, que tengo la posibilidad de no hacer nada contrario a mi Dios y Genio interior. Porque nadie me forzará a ir contra éste.

11. ¿Para qué me sirve ahora mi alma? En toda ocasión, plantearme esta pregunta e indagar qué tengo ahora en esa parte que precisamente llaman guía interior, y de quién tengo alma en el momento presente. ¿Acaso de un niño, de un jovencito, de una mujercita, de un tirano, de una bestia, de una fiera?

12. Cuáles son las cosas que el vulgo considera buenas, podrías comprenderlo por lo siguiente. Porque si alguien pensara de verdad que ciertas cosas son buenas, como la sabiduría, la prudencia, la justicia, la valentía, después de una comprensión previa de estos conceptos, no sería capaz de oír eso de: «tan cargado está de bienes», pues no armonizaría con él tal rasgo. Mientras que si uno concibe previamente lo que el vulgo reputa por bueno, oír y aceptará fácilmente como designación apropiada lo que el poeta cómico dice⁷⁵. ¡Hasta tal punto el vulgo intuye la diferencia! En efecto, este verso no dejaría de chocar ni de ser repudiado, mientras que aquél, tratándose de la riqueza y buena fortuna que

⁷⁵ MENANDRO, *Phasma* 40, fr. 530 KOCK.

conducen al lujo o a la fama, lo acogemos como pronunciado apropiada y elegantemente. Prosigue, pues, y pregunta si deben estimarse e imaginarse tales cosas como buenas, esas que si se evaluaran apropiadamente, se podría concluir que su poseedor, debido a la abundancia de bienes, «no tiene dónde evacuar».

13. He sido compuesto de causa formal y materia; ninguno de esos dos elementos acabará en el no-ser, del mismo modo que tampoco surgieron del no-ser. Por consiguiente, cualquier parte mía será asignada por transformación a una parte del universo; a su vez aquélla se transformará en otra parte del universo, y así hasta el infinito. Y por una transformación similar nací yo, y también mis progenitores, siendo posible remontarnos hasta otro infinito. Porque nada impide hablar así, aunque el universo sea gobernado por períodos limitados.

14. La razón y el método lógico son facultades autosuficientes para sí y para las operaciones que les conciernen. Parten, en efecto, del principio que les es propio y caminan hacia un fin preestablecido; por eso tales actividades se denominan «acciones rectas», porque indican la rectitud del camino.

15. Ninguna de las cosas que no competen al hombre, en tanto que es hombre, debe éste observar. No son exigencias del hombre, ni su naturaleza las anuncia, ni tampoco son perfecciones de la naturaleza del hombre. Pues bien, tampoco reside en ellas el fin del hombre, ni tampoco lo que contribuye a colmar el fin: el bien. Es más, si alguna de estas cosas concerniera al hombre, no sería de su incumbencia menospreciarlas ni sublevarse contra ellas; tampoco podría ser elogiado el hombre que se presentase como sin necesi-